

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 15 (2.813)

Ciudad del Vaticano

14 de abril de 2023

Aceleremos el latido de la esperanza



SEMANA SANTA DE 2023 (EN PÁGINAS 2-10)

ANDREA MONDA

Hay una palabra que el Papa Francisco usa con moderación porque sabe su valor y lo salvaguarda, en un mundo, el contemporáneo, que muchas veces consume palabras abusando de ellas y por lo tanto vaciándolas de significado; una palabra que, aunque raramente pronunciada, se esconde, con discreción, dentro y debajo como una fuente subterránea de muchos gestos y discursos papales. Esta palabra es humildad. Una virtud a su manera "esquiva" hasta el punto de no estar contemplada en las listas clásicas, una virtud ambigua, difícil de entender y fácil de malinterpretar, un poco escurridiza y paradójica porque cuando uno cree tenerla, es precisamente el momento en que la ha perdido. Hay que estar de acuerdo con el jesuita François Varillon que, en el incipit de su ensayo *La humildad de Dios*, afirma que «sólo Dios es humilde. El hombre no lo es, excepto en la medida en que reconoce su propia impotencia de serlo», el "éxito" de la humildad coincide con su fracaso.

En los días de la Semana Santa la humildad, esta virtud emergió porque este es por excelencia "el tiempo de la paradoja". El domingo de Ramos recordamos la entrada de Jesús en Jerusalén, una entrada al mismo tiempo "triumfante" y a lomos de un burro. En la mañana del Jueves Santo, en la larga homilía dirigida a los sacerdotes durante la misa crismal, el Papa Francisco subrayó que el sacerdote debe poseer un perfume que no es el suyo sino el del Espíritu, por lo que debemos acogerlo «no en el entusiasmo de nuestros sueños, sino en la fragilidad de nuestra reali-

dad. Es una unción que desvela la verdad en lo profundo de nosotros mismos, que le permite al Espíritu ungir nuestras debilidades, nuestros trabajos, nuestra pobreza interior. Entonces la unción tiene de nuevo buen olor: la fragancia de Cristo, no la nuestra. [...] Y el camino para este paso de maduración es admitir la verdad de la propia debilidad».

San Pablo VI tiene una definición eficaz: la humildad es verdad; es decir, pasa por el reconocimiento de los propios límites, del hecho de que el hombre está hecho de barro, de tierra (en latín *humus*, de donde provienen *humanitas* y *humilitas*). También en la homilía del Jueves Santo, el Papa habló precisamente del «Espíritu de la verdad» del que habla el Evangelio de Juan que «nos impulsa a mirar hasta el fondo de nosotros mismos, para preguntarnos: ¿mi realización depende de lo bueno que soy, del cargo que obtengo, de los cumplidos que recibo, de la carrera que hago, de los superiores o colaboradores, o de las comodidades que puedo garantizarme, o de la unción que perfuma mi vida?».

El 10 de enero de 1942 don Primo Mazzolari en una carta escrita a su amiga la escritora Gabriella Neri se declaraba tranquilo y explicaba: «Aquí está la razón de mi tranquilidad: yo no escribí el Evangelio. Soy un repetidor de eso». Repetidores del Evangelio, esta es la misión y el sentido de la existencia de los sa-

Repetidores del Evangelio

cerdotes y de los cristianos en general. La alternativa es no servir al Evangelio sino servirse de él para los propios fines, para ejercer un poder y esta opción hace que se desvanezca todo el alcance innovador que consiste precisamente en ser repetidores. Un año después, precisamente en abril de hace 80 años, en otra carta dirigida a un amigo franciscano, Mazzolari afirma que «el santo es siempre un fermento de operaciones maravillosas y puede ser trasplantado —él, no su obra— en cualquier tiempo con iguales frutos de salvación. No sé si se puede decir lo mismo de los modos que usamos para imitarlo o continuarlo, porque puede suceder que, en lugar de comprometernos con Cristo siguiendo su ejemplo, intentemos derivar normas de sus obras, cayendo inevitablemente en el esquema espiritual, que, si nos puede dar la ilusión de tener, muy pocas veces es la novedad y nos hace novedad».

El cristiano es un hombre nuevo, es él mismo esa novedad que, como un "fermento", una enzima, estimula y motiva el mundo, lo sacude y le da sabor como la sal; sin embargo, si reduce esa novedad a una doctrina, una ley o el resultado de sus obras, todo se pierde, la fe se convierte en un "esquema espiritual" para poseer y aplicar rigidamente en vez de para encarnar y vivir. La doctrina, la ley, la gloria de las propias acciones, son cosas que los

hombres hacemos bajar con soberbia de lo alto; una vez más, por tanto, la humildad es el antídoto adecuado para todas estas degeneraciones. Y es también el camino para la fraternidad y por tanto para la paz. El mundo está "en pedazos", destrozado y parece impotente para encontrar respuestas que no sean las de las armas, de la fuerza. La crisis que atraviesa la dimensión política de Occidente es cada vez más evidente y grave y, por tanto, tan necesaria como urgente una vuelta a la política con P mayúscula; pero, por extraño que parezca, para conseguirlo se necesita realmente la humildad, esta pequeña virtud. Algunos piensan que la política y la humildad no se pueden conciliar entre ellas, pero es todo lo contrario, sólo las personas humildes tienen esa libertad y la valentía de atreverse con creatividad a recorrer caminos inexplorados. La sabiduría de San Pablo VI y sus palabras dirigidas a los miembros de la Asamblea General de la ONU el 4 de octubre de 1965 son una vez más preciosas: «No porque seáis iguales, sino porque aquí estáis como iguales. Y puede que, para varios de vosotros, sea este un acto de gran virtud. Permitid que os bendigamos, Nos, el representante de una religión que logra la salvación por la humildad de su Divino Fundador. Es imposible ser hermano si no se es humilde. Pues es el orgullo, por inevitable que pueda parecer, el que provoca las tirantes y las luchas del prestigio, del predominio, del colonialismo, del egoísmo. El orgullo es lo que destruye la fraternidad».

Este es el don por el que rezar en esta Pascua para que sea realmente santa y generadora de paz: que sea una Pascua dedicada a la humildad.

Semana Santa 2023: Domingo de Ramos

La misa presidida por el Papa en la plaza de San Pedro en el Domingo de Ramos

Cuidar de Jesús hoy en los muchos cristos abandonados

«Hoy hay tantos "cristos abandonados" que hay que cuidar; «pidamos hoy la gracia de saber amar a Jesús» en cada uno de ellos; «no dejemos que su voz se pierda en el silencio ensordecedor de la indiferencia». Lo subrayó el Papa Francisco en la misa en el Domingo de Ramos, presidida en el atrio de la Basílica Vaticana, el 2 de abril, en presencia de sesenta mil fieles reunidos en la plaza de San Pedro. Publicamos la homilía pronunciada por el Pontífice después de la proclamación de la Pasión del Señor según Mateo.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Es la invocación que la Liturgia nos hace repetir hoy en el Salmo responsorial (cf. Sal 22,2) y es la única pronunciada en la cruz por Jesús en el Evangelio que hemos escuchado. Son, pues, las palabras que nos llevan al corazón de la pasión de Cristo, al punto culminante de los sufrimientos que padeció para salvarnos. «¿Por qué me has abandonado?» El sufrimiento de Jesús fue grande y cada vez que escuchamos el relato de la pasión nos conmueve. Sufrió en el cuerpo: pensemos en las bofetadas, en los golpes, en la flagelación, en la corona de espinas, en el suplicio de la cruz. Sufrió en el alma: la traición de Judas, las negaciones de Pedro, las condenas religiosas y civiles, las burlas de los guardias, los insultos bajo la cruz, el rechazo de muchos, el fracaso de todo, el abandono de los discípulos. Sin embargo, en todo este dolor, a Jesús le quedaba una certeza: la cercanía del Padre. Pero ahora sucede lo impensable; antes de morir grita: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». El abandono

de Jesús. Este es el sufrimiento más lacerante, es el sufrimiento del espíritu; en la hora más trágica, Jesús experimenta el abandono de Dios. Nunca antes había llamado al Padre con el nombre genérico de Dios. Para transmitirnos la fuerza de aquel acontecimiento, el Evangelio indica la frase también en arameo; es la única, entre las pronunciadas por Jesús en la cruz, que nos llega en la lengua original. El acontecimiento real es el abajamiento extremo, es decir, el abandono de su Padre, el abandono de Dios. El Señor llega a sufrir por amor a nosotros, lo que nos es difícil incluso de comprender. Ve el ciclo cerrado, experimenta la amarga frontera del vivir, el naufragio de la existencia, el derrumbamiento de toda certeza. Grita el "por qué" de los "por qué". "Dios mío, ¿por qué?" Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? El verbo "abandonar" en la Biblia es fuerte; aparece en momentos de extremo dolor: en amores fracasados, negados y traicionados; en hijos rechazados y abortados; en situaciones de repudio, viudez y orfandad; en



matrimonios agotados, en exclusiones que privan de vínculos sociales, en la opresión de la injusticia y la soledad de la enfermedad. En fin, en las más dramáticas heridas de las relaciones. Ahí se dice esta palabra: "abandono". Cristo llevó todo ello a la cruz, tomando sobre sí el pecado del mundo. Y en el momento culminante, el Hijo

unigénito y amado experimentó la situación que le era más ajena: el abandono, la lejanía de Dios. ¿Y por qué llegó a ese punto? Por nosotros, no existe otra respuesta. Por nosotros. Hermanos y hermanas, hoy esto no es un espectáculo. Que cada uno, sintiendo el abandono de Jesús, se diga a sí mismo: por mí. Este abandono es el precio que pagó por mí. Se hizo solidario con cada uno de nosotros hasta el extremo, para estar con nosotros hasta las últimas consecuencias. Experimentó el abandono para no dejarnos rehenes de la desolación y estar a nuestro lado para siempre. Lo hizo por ti, por mí, para que cuando tú, yo, o cualquiera se vea entre la espada y la pared, perdido en un callejón sin salida, sumido en el abismo del abandono, absorbido por el torbellino de los tantos "por qué" sin respuesta, pueda tener una esperanza. Él, por ti, por mí. No es el final, porque Jesús ha estado allí y está ahora contigo. Él, que sufrió el alejamiento del abandono para acoger en su amor todos nuestros distanciamientos. Para que cada uno de nosotros pueda decir: en mis caídas todos hemos caído tantas veces, en mi desolación, cuando me siento traicionado o he traicionado a los demás, cuando me siento descartado o he descartado a los demás, cuando me siento abandonado o he abandonado a los demás, pensemos que Él fue abandonado, traicionado, descartado. Y ahí lo encontramos a Él. Cuando me siento errado y perdido, cuando ya no puedo más, Él está conmigo, en mis tantos "por qué" sin respuesta, Él está ahí.

Así es como el Señor nos salva, desde el interior de nuestros "por qué". Desde ahí despliega la esperanza que no defrauda. En la cruz, de hecho, aunque se sienta abandonado completamente, no cede a la desesperación este es el límite, sino que

reza y se encomienda. Grita su "por qué" con las palabras de un salmo (22,2) y se entrega en las manos del Padre, aun sintiéndolo lejano (cf. Lc 23,46) o no lo siente porque se encuentra abandonado. En el abandono se entrega. En el abandono sigue amando a los suyos que lo habían dejado solo. En el abandono perdona a los que lo crucifican (v. 34). Así es como el abismo de nuestras muchas maldades se hunde en un amor más grande, de modo que toda nuestra separación se transforma en comunión. Hermanos y hermanas, un amor así, todo para nosotros, hasta el extremo, el amor de Jesús, es capaz de transformar nuestros corazones de piedra en corazones de carne. Es un amor de piedad, de ternura, de compasión. Este es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. Así es Dios. Cristo abandonado nos mueve a buscarlo y amarlo en los abandonados. Porque en ellos no sólo hay personas necesitadas, sino que está Él, Jesús abandonado, Aquel que nos salvó descendiendo hasta lo más profundo de nuestra condición humana. Está con cada uno de ellos, abandonados hasta la muerte. Pienso en aquel hombre alemán, indigente, que murió en la columnata de la plaza, solo, abandonado. Ese es Jesús para cada uno de nosotros. Muchos necesitan nuestra cercanía, muchos abandonados. Yo también necesito que Jesús me acaricie y se me acerque, es por eso que voy a buscarlo en los que están abandonados, solos. Él quiere que cuidemos de los hermanos y de las hermanas que más se asemejan a Él, en el momento extremo del dolor y la soledad. Hoy, queridos hermanos y hermanas, hay tantos "cristos abandonados". Hay pueblos enteros explotados y abandonados a su suerte; hay pobres que viven en los cruces de nuestras calles, con quienes no nos atrevemos a cruzar la mirada;

hay emigrantes que ya no son rostros sino números; hay presos rechazados, personas catalogadas como problema. Pero también hay tantos cristos abandonados invisibles, escondidos, que son descartados con guante blanco: niños no nacidos, ancianos que han sido dejados solos que tal vez pueden ser tu papá, tu mamá, tu abuelo o tu abuela, abandonados en los institutos geriátricos, enfermos no visitados, discapacitados ignorados, jóvenes que sienten un gran vacío interior sin que nadie escuche realmente su grito de dolor. Y no encuentran otro camino más que el del suicidio. Los abandonados de hoy. Los cristos de hoy. Jesús abandonado nos pide que tengamos ojos y corazón para los abandonados. Para nosotros, discípulos del Abandono, nadie puede ser marginado; nadie puede ser abandonado a su suerte. Porque, recordémoslo, las personas rechazadas y excluidas son iconos vivos de Cristo. Nos recuerdan la locura de su amor, su abandono que nos salva de toda soledad y desolación. Hermanos y hermanas, pidamos hoy la gracia de saber amar a Jesús abandonado y saber amar a Jesús en cada persona abandonada. Pidamos la gracia de saber ver, de saber reconocer al Señor que sigue gritando en ellos. No dejemos que su voz se pierda en el silencio ensordecedor de la indiferencia. Dios no nos ha dejado solos; cuidemos de aquellos que han sido dejados solos. Entonces, sólo entonces, haremos nuestros los deseos y los sentimientos de Aquel que por nosotros «se anonadó a sí mismo» (Flp 2,7). Se anonadó totalmente por nosotros.

El Ángelus al finalizar la celebración

Ramos de olivo símbolo de paz para la martirizada Ucrania



Al finalizar la celebración litúrgica del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor, el Papa guió la oración del Ángelus en el atrio de la Basílica Vaticana, finalmente impartió la bendición apostólica. A continuación sus palabras antes de la oración mariana.

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo a todos, romanos y peregrinos, especialmente a los que han venido de lejos. Les doy las gracias por su participación y también por sus oraciones, que han intensificado en los últimos días. ¡Gracias, verdaderamente! Dirijo una bendición especial a la Caravana de la paz que en estos días ha partido desde Italia hacia Ucrania, promovida por diversas Asociaciones: Papa Juan XXIII, FOCSIV, Pro Civitate Christiana, Pax Christi y otras. Junto con artículos de primera necesidad, llevan la cercanía del pueblo italiano al martirizado

pueblo ucraniano, y hoy ofrecen ramos de olivo, símbolo de la paz de Cristo. Nos unimos a este gesto con la oración, que será más intensa en los días de Semana Santa. Hermanos y hermanas, con esta celebración hemos entrado en la Semana Santa. Los invito a vivirla como nos enseña la tradición del Santo Pueblo Fiel de Dios, es decir, acompañando al Señor Jesús con fe y amor. Aprendamos de nuestra Madre, la Virgen María: ella siguió a su Hijo con la cercanía de su corazón, fue una sola alma con Él y, aun sin comprender todo, junto a Él se entregó plenamente a la voluntad de Dios Padre. Que la Virgen nos ayude a permanecer cerca de Jesús presente en las personas que sufren, descartadas, abandonadas. Que la Virgen nos lleve de la mano a Jesús presente en estas personas. A todos, un buen camino hacia la Pascua.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non proculcabitur

Ciudad del Vaticano
redaccion.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 4581

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: publicazioni.photos@spcva
www.photos@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redirezionesystem@ilsole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Semana Santa 2023: Jueves Santo

La homilía en la misa crismal del Jueves Santo de la celebración presidida por el Pontífice en la Basílica vaticana

Profetas de la unción y apóstoles de la armonía

El Papa invita a los sacerdotes a acoger la caricia del Espíritu sobre la fragilidad y la debilidad

«En este día en que nació el sacerdocio, es hermoso reconocer» que el Espíritu Santo «está en el origen de nuestro ministerio, de la vida y de la vitalidad» de todos los sacerdotes «llamados a ser profetas de su unción y apóstoles de armonía». Así lo subrayó el Papa Francisco la mañana del 6 de abril, al presidir la misa crismal del Jueves Santo en la basílica vaticana. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

«El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18). A partir de este versículo comenzó la predicación de Jesús y este mismo versículo dio inicio a la Palabra que acabamos de escuchar (cf. Is 61,1). Así pues, al principio está el Espíritu del Señor. Y sobre Él quisiera reflexionar hoy con ustedes, queridos hermanos, sobre el Espíritu del Señor. Porque sin el Espíritu del Señor no hay vida cristiana y, sin su unción, no hay santidad. Él es el protagonista y, en este día en que nació el sacerdocio, es hermoso reconocer que Él está en el origen de nuestro ministerio, de la vida y de la vitalidad de todo pastor. En efecto, la santa Madre Iglesia nos enseña a profesar que el Espíritu Santo es «dador de vida», como lo afirmó Jesús diciendo: «El Espíritu es el que da Vida» (Jn 6,63); una enseñanza de la que se hizo eco el apóstol Pablo, quien escribió que «la letra mata, pero el Espíritu da vida» (2 Co 3,6) y habló de «la ley del Espíritu, que da la Vida [...] en Cristo Jesús» (Rm 8,2). Sin Él, tampoco la Iglesia sería la Esposa viva de Cristo, sino a lo sumo una organización religiosa —más o menos buena—; no sería el Cuerpo de Cristo, sino un templo construido por manos humanas. ¿Cómo, pues, puede edificarse la Iglesia, si no es a partir del hecho de que somos «templos del Espíritu Santo» que «habita en nosotros» (cf. 1 Co 6,19; 3,16)? No podemos dejarlo de lado o apartarlo en alguna zona de devoción. No, debemos ponerlo en el centro. Necesitamos decirle cada día: «Ven porque sin tu ayuda divina no hay nada en el hombre»².

El Espíritu del Señor está sobre mí. Cada uno de nosotros puede decir esto; y no es presunción, es una realidad, pues todo cristiano, especialmente todo sacerdote, puede hacer suyas las siguientes palabras: «porque el Señor me ha ungido» (Is 61,1). Hermanos, sin méritos, por pura gracia hemos recibido una unción que nos ha hecho padres y pastores en el Pueblo santo de Dios. Consideremos, pues, este aspecto del Espíritu: la unción. Tras la primera «unción» que tuvo lugar en el vientre de María, el Espíritu descendió sobre Jesús en el Jordán. Después de esto, como explica san Basilio, «toda acción [de Cristo] se iba



realizando con la copresencia del Espíritu Santo»³. En efecto, por el poder de esa unción, predicaba y realizaba signos; en virtud de ella «salía de Él una fuerza que sanaba a todos» (Lc 6,19). Jesús y el Espíritu actúan siempre juntos, de modo que son como las dos manos del Padre⁴ —Ireneo dice esto— que, extendidas hacia nosotros, nos abrazan y nos levantan. Y por ellas fueron marcadas nuestras manos, ungidas por el Espíritu de Cristo. Sí, hermanos, el Señor no sólo nos ha elegido y llamado de aquí y de allá, sino que ha derramado en nosotros la unción de su Espíritu, el mismo Espíritu que descendió sobre los Apóstoles. Hermanos, nosotros somos «ungidos». Fijémonos, pues, en ellos, en los Apóstoles. Jesús los eligió y a su llamada dejaron sus barcas, sus redes, sus casas y todo lo demás. La unción de la Palabra cambió sus vidas. Con entusiasmo siguieron al Maestro y comenzaron a predicar, convencidos de que más tarde realizarían cosas aún mayores; hasta que llegó la Pascua. Allí todo pareció detenerse; llegaron a renegar y a abandonar al Maestro. No debemos tener miedo. Seamos valientes para leer nuestra propia vida y nuestras caídas. Ellos llegaron a renegar y a abandonar al Maestro, Pedro el primero. Tomaron conciencia de su propia incapacidad y se dieron cuenta de que no lo habían entendido. El «no conozco a ese hombre» (cf. Mc 14,71), que Pedro pronunció en el patio del sumo sacerdote después de la Última Cena, no es sólo una defensa impulsiva, sino una confesión de ignorancia espiritual: él y los demás quizá se esperaban una vida de éxito de-

trás de un Mesías que atraía multitudes y hacía prodigios, pero no reconocían el escándalo de la cruz, que echó por tierra sus certezas. Jesús sabía que no lograrían nada solos, y por eso les prometió el Paráclito. Y fue precisamente esa «segunda unción», en Pentecostés, la que transformó a los discípulos, llevándolos a pastorear el rebaño de Dios y ya no a sí mismos. Esta es la contradicción que debemos resolver: ¿soy pastor del pueblo de Dios o de mí mismo? Y es el Espíritu el que nos enseña el camino. Fue esa unción fervorosa la que extinguió su religiosidad centrada en sí mismos y en sus propias capacidades. Al recibir el Espíritu, los miedos y vacilaciones de Pedro se evaporan; Santiago y Juan, consumidos por el deseo de dar la vida, dejan de buscar puestos de honor (cf. Mc 10,35-45); nuestro carrerismo, hermanos; los demás ya no permanecen encerrados y temerosos en el cenáculo, sino que salen y se convierten en apóstoles en el mundo. Es el Espíritu el que cambia nuestro corazón, el que lo pone en ese plano distinto, diferente. Hermanos, un itinerario como éste abarca nuestra vida sacerdotal y apostólica. También para nosotros hubo una primera unción, que comenzó con una llamada de amor que cautivó nuestros corazones. Por ella soltamos las amarras, y sobre ese entusiasmo genuino descendió la fuerza del Espíritu, que nos consagró. Luego, según el tiempo de Dios, llega para cada uno la etapa pascual, que marca el momento de la verdad. Y es un momento de crisis, que reviste diversas formas. A todos, antes o después, nos sucede que experimentamos decepciones, difi-

cultades, debilidades, con el ideal que parece desgastarse entre las exigencias de la realidad, mientras se impone una cierta costumbre; y algunas pruebas, antes difíciles de imaginar, hacen que la fidelidad parezca más difícil que antes. Esta etapa —de esta tentación, de esta prueba que todos tuvimos, tenemos y tendremos— esta etapa representa un momento culminante para quienes han recibido la unción. De ella se puede salir mal parado, deslizándose hacia una cierta mediocridad, arrastrándose cansinamente hacia una «normalidad» en la que se insinúan tres tentaciones peligrosas: la del compromiso, por la que uno se conforma con lo que puede hacer; la de los sucedáneos, por la que uno intenta «llenarse» con algo distinto respecto a nuestra unción; la del desánimo —que es lo más común—, por la que, insatisfecho, uno sigue adelante por pura inercia. Y aquí está el gran riesgo: mientras las apariencias permanecen intactas —«Yo soy sacerdote, yo soy cura»—, nos replegamos sobre nosotros mismos y seguimos adelante desmotivados; la fragancia de la unción ya no perfuma la vida y el corazón; y el corazón ya no se ensancha, sino que se encoge, envuelto en el desencanto. Es un destilado, ¿entiendes? Cuando el sacerdote lentamente va deslizándose hacia el clericalismo y el sacerdote se olvida de ser pastor del pueblo, para convertirse en un clérigo estatal. Pero esta crisis puede convertirse también en el punto de inflexión del sacerdocio, en la «etapa decisiva de la vida espiritual, en la que hay que hacer la elección definitiva entre Jesús y el mundo, entre la heroi-

cidad de la caridad y la mediocridad, entre la cruz y un cierto bienestar, entre la santidad y una honesta fidelidad al compromiso religioso»⁵. Al final de esta celebración les darán como regalo un clásico, un libro que trata este problema: «La segunda llamada», es un clásico del padre Voillaume que aborda este problema, léanlo. Por otra parte, todos nosotros necesitamos reflexionar sobre este momento de nuestro sacerdocio. Es el momento bendito en el que, como los discípulos en Pascua, estamos llamados a ser «suficientemente humildes para confesarnos vencidos por Cristo humillado y crucificado, y aceptar iniciar un nuevo camino, el del Espíritu, el de la fe y el de un amor fuerte y sin ilusiones»⁶. Es el kairós en el que descubre que «las cosas no se reducen a abandonar la barca y las redes para seguir a Jesús durante un tiempo determinado, sino que exige ir hasta el Calvario, acoger la lección y el fruto, e ir con la ayuda del Espíritu Santo hasta el final de una vida que debe terminar en la perfección de la divina Caridad»⁷. Con la ayuda del Espíritu Santo: es el tiempo, para nosotros como para los Apóstoles, de una «segunda unción», tiempo de una segunda llamada que debemos escuchar, para la segunda unción, en la que acojam al Espíritu no en el entusiasmo de nuestros sueños, sino en la fragilidad de nuestra realidad. Es una unción que desvela la verdad en lo profundo de nosotros mismos, que le permite al Espíritu ungir nuestras debilidades, nuestros trabajos, nuestra pobreza interior. Entonces la unción tiene de nuevo buen olor: la fragancia de Cristo, no la nuestra. En

este momento, interiormente, estoy haciendo memoria de algunos de ustedes que están en crisis —digámoslo así— que están desorientados y que no saben cómo afrontar el camino, cómo retomar el camino en esta segunda unción del Espíritu. A estos hermanos —yo los tengo presentes— simplemente les digo: ánimo, el Señor es más grande que tu debilidad, que tus pecados. Abandónate en el Señor y déjate llamar una segunda vez, esta vez con la unción del Espíritu Santo. La doble vida no te ayudará; tirar todo por la ventana, tampoco. Mira hacia adelante, déjate acariciar por la unción del Espíritu Santo.

Y el camino para este paso de maduración es admitir la verdad de la propia debilidad. A esto nos exhorta «el Espíritu de la Verdad» (Jn 16,13), que nos impulsa a mirar hasta el fondo de nosotros mismos, para preguntarnos: ¿mi realización depende de lo bueno que soy, del cargo que obtengo, de los cumplidos que recibo, de la carrera que hago, de los superiores o colaboradores, o de las comodidades que puedo garantizarme, o de la unción que perfuma mi vida? Hermanos, la madurez sacerdotal pasa por el Espíritu Santo, se realiza cuando Él se convierte en el protagonista de nuestra vida. Entonces todo cambia de perspectiva, incluso las decepciones y las amarguras —también los pecados—, porque ya no se trata de mejorar componiendo algo, sino de entregarnos, sin reservarnos nada, a Aquel que nos ha impregnado en su unción y quiere llegar hasta lo más profundo de nosotros. Hermanos, redescubramos entonces que la vida espiritual se vuelve libre y gozosa no cuando se guardan las formas y se hace un remiendo, sino cuando se deja la iniciativa al Espíritu y, abandonados a sus designios, nos disponemos a servir donde y como se nos pida. ¡Nuestro sacerdocio no crece remendando, sino desbordándose!

Si dejamos actuar en nosotros al Espíritu de la verdad custodiaremos la unción —custodiar la unción—, porque enseguida saldrán a la luz las falsedades —las hipocresías clericales—, las falsedades con las que estamos tentados de convivir. Y el Espíritu, que «lava las manchas», nos sugerirá, sin cansarse, que «no manchemos la unción», ni un poco. Me viene a la memoria aquella frase de Qohélet que dice: «Una mosca muerta corrompe y hace fermentar el óleo del perfumista» (10,1). Es verdad, toda doblez —la doblez clerical, por favor— toda doblez que se insinúa es peligrosa, no hay que tolerarla, sino sacarla a la luz del Espíritu. Porque si «nada es más toruoso que el corazón humano

Semana Santa 2023: Jueves Santo



y no tiene arreglo» (Jr 17,9), el Espíritu Santo es el único que nos cura de la infidelidad (cf. Os 14,5). Para nosotros es una lucha a la que no podemos renunciar, en efecto, es indispensable, como escribía san Gregorio Magno, que «quien predica la palabra de Dios considere primero cómo debe vivir, para que luego, de su vida, deduzca qué y cómo debe predicar. [...] que no se atreva a decir exteriormente lo que no hubiera oído primero en el interior»⁸. El maestro interior al que hay que escuchar es el Espíritu, sabiendo que no hay nada en nosotros que Él no quiera unguir. Hermanos, custodiemos la unción; que invocar al Espíritu no sea una práctica ocasional, sino el aliento de cada día. Ven, ven, custodia la unción. Yo, unguido por Él, estoy llamado a sumergirme en Él, a dejar que su luz entre en mis sombras —tenemos tantas— para encontrar la verdad de lo que soy. Dejémosnos impulsar por Él para combatir las falsedades que se agitan en nuestro interior; y dejémosnos regenerar por Él en la adoración, porque cuando lo adoramos, Él derrama su Espíritu en nuestros corazones.

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha unguido. Él me envió» —continúa la profecía—, y me envió a llevar una buena nueva, liberación, curación y gracia (cf. Is 61,1-2; Lc 4,18-19); en una palabra, a llevar armonía donde no la hay. Porque como dice san Basilio: «El Espíritu es armonía», es Él el que crea la armonía. Después de haberles hablado de la unción, quisiera decirles algo sobre esta armonía, que es su consecuencia. En efecto, el Espíritu Santo es armonía. Antes que nada, en el cielo. San Basilio explica que «toda esa armonía sobrecelestial e indecible en el servicio de Dios y en la sinfonía mutua de las potencias supracósmicas, es imposible que se conserve si no es por la autoridad del Espíritu»⁹. Y luego, en la tierra. Él es, en efecto, en la Iglesia, esa «Armonía divina y musical»¹⁰ que lo une todo; si no, piensen en un presbítero sin armonía, sin Espíritu, no funciona. Él suscita la diversidad de los carismas y la recompone en la unidad, crea una concordia que no se basa en la homologación, sino en la creatividad de la caridad. Así crea armonía en la multiplicidad. Así crea armonía en un presbítero. En los años del Concilio Vaticano

II, que fue un don del Espíritu, un teólogo publicó un estudio en el que hablaba del Espíritu no en clave individual, sino plural. Invitaba a pensar en él como una Persona divina no tanto singular, sino «plural», como el «nosotros de Dios», el «nosotros» del Padre y del Hijo, porque es su nexo, es en sí mismo concordia, comunión, armonía¹¹. Recuerdo que cuando leí este tratado teológico —estaba estudiando teología— me escandalicé, me parecía una herejía, porque en nuestra formación no se entendía bien cómo era el Espíritu Santo.

Crear armonía es lo que Él desea, especialmente a través de

aquellos en quienes ha derramado su unción. Hermanos, crear armonía entre nosotros no es sólo un método adecuado para que la coordinación eclesial funcione mejor, no es bailar el minué, no es una cuestión de estrategia o cortésia, sino una exigencia interna de la vida en el Espíritu. Se peca contra el Espíritu, que es comunión, cuando nos convertimos, aunque sea por ligereza, en instrumentos de división, por ejemplo —y volvemos al mismo tema— con las murmuraciones. Cuando somos instrumentos de división pecamos contra el Espíritu. Y le hacemos el juego al enemigo, que no sale a la luz y ama los

rumores y las insinuaciones, que fomenta los partidos y las cordadas, alimenta la nostalgia del pasado, la desconfianza, el pesimismo, el miedo. Tengamos cuidado, por favor, de no ensuciar la unción del Espíritu y el manto de la Santa Madre Iglesia con la desunión, con las polarizaciones, con cualquier falta de caridad y de comunión. Recordemos que el Espíritu, «el nosotros de Dios», prefiere la forma comunitaria: es decir, la disponibilidad respecto a las propias necesidades, la obediencia respecto a los propios gustos, la humildad respecto a las propias pretensiones.

La armonía no es una virtud

entre otras, es mucho más. San Gregorio Magno escribe: «De cuánto valga, pues, la virtud de la concordia consta, puesto que, sin ella, queda demostrado que las demás virtudes no son virtudes»¹². Ayudémonos, hermanos, a custodiar la armonía, custodiar la armonía —esta es la tarea—, empezando no por los demás, sino por uno mismo; preguntándonos: mis palabras, mis comentarios, lo que digo y escribo, ¿tienen el sello del Espíritu o el del mundo? Pienso también en la amabilidad del sacerdote —porque muchas veces los curas, nosotros, somos unos maleducados—; pensemos en la amabilidad del sacerdote: si la gente encuentra incluso en nosotros personas insatisfechas, personas descontentas, solterones, que critican y señalan con el dedo, ¿dónde descubrirán la armonía? ¡Cuánta gente no se acerca o se aleja porque en la Iglesia no se siente acogida y amada, sino mirada con recelo y juzgada! En nombre de Dios, ¡acojamos y perdonemos siempre! Recordemos que ser agrios y quejumbrosos, además de no producir nada bueno, corrompe el anuncio, porque contra-testimonia a Dios, que es comunión y armonía. Y esto desagradaba mucho y sobre todo al Espíritu Santo, a quien el apóstol Pablo nos exhorta a no entristecer (cf. Ef 4,30). Hermanos, les dejo estas reflexiones que han salido del corazón y concluyo dirigiéndoles

una palabra sencilla e importante: gracias. Gracias por su testimonio, gracias por su servicio; gracias por el mucho bien escondido que hacen, gracias por el perdón y el consuelo que dan en nombre de Dios: perdonar siempre, por favor, nunca negar el perdón; gracias por su ministerio, que a menudo se realiza en medio de mucho esfuerzo, incomprendidos y poco reconocimiento. Hermanos, que el Espíritu de Dios, que no defrauda a los que confían en Él, los llene de paz y lleve a término lo que ha comenzado en ustedes, para que sean profetas de su unción y apóstoles de armonía.

Notas

- ¹ Símbolo niceno-constantinopolitano.
- ² Cf. *Secuencia de Pentecostés*.
- ³ *Spir.* 16,39.
- ⁴ Cf. Ireneo, *Adv. haer.* IV,20,1.
- ⁵ R. Voillaume, «La seconda chiamata», en S. Stevan ed., *La Seconda chiamata. Il coraggio della fragilità*, Bolonia 2018, 15.
- ⁶ *Ibid.*, 24.
- ⁷ *Ibid.*, 16.
- ⁸ *Homilias sobre Ezequiel*, I,X,13-14.
- ⁹ *Spir.* XVI, 38.
- ¹⁰ *In Ps.* 29,1.
- ¹¹ Cf. H. Mühlen, *Der Heilige Geist als Person. Ich - Du - Wir*, Münster in W., 1963.
- ¹² *Homilias sobre Ezequiel*, I,VIII,8.

La renovación de las promesas sacerdotales

Jueves Santo: día sacerdotal por excelencia, memorial de la Eucaristía y del amor fraterno, recuerdo de la agonía en Getsemaní e inicio de la Pasión que conducirá a la Resurrección Pascual. Por la mañana, la Misa Crismal fue presidida por el Papa Francisco en la Basílica de San Pedro. En la celebración litúrgica en la que se renuevan las promesas presbiterales y se bendicen los santos óleos, el Pontífice instó a cada sacerdote a abrirse al Espíritu Santo para redescubrir «la segunda llamada», advirtiendo de un «gran riesgo»: mientras «las apariencias permanecen intactas, nos replegamos sobre nosotros mismos y avanzamos desganaados; la fragancia de la unción ya no perfuma la vida y el corazón ya no se expande sino que se encoge, envuelto en el desencanto». Pero esta crisis, dijo, «también puede convertirse en el punto de inflexión del sacerdocio».

La celebración en el altar de la Confesión fue precedida y preparada, poco antes de las 9 de la mañana, por el canto de la Tercera Hora, al final de la cual una monición introdujo la entrada de la procesión, acompañada por las notas de *Fecisti nos regnum*. La misa comenzó a las 9.30 horas. La liturgia de la Palabra se proclamó en italiano. A la homilía del Papa —que ocupó su lugar bajo la columna de San Longino— siguió la renovación de las promesas sacerdotales. Francisco pidió a todos los presentes que rezaran por los sacerdotes y también por él mismo, «para que sea fiel al servicio apostólico, confiado a mi humilde persona, y entre vosotros sea cada vez más una imagen viva y auténtica de Cristo sacerdote, buen pastor, maestro y servidor de todos». A continuación, el Pontífice bendijo



el óleo de los enfermos, el óleo de los catecúmenos y consagró el crisma, soplando sobre la ampolla y rezando la oración. Los óleos y el crisma fueron presentados por los diáconos que los trajeron ante la Confesión desde la Capilla de la Misericordia en tres carros con dos ánforas cada uno. «Derrama tu santa bendición para que los que reciban la unción obtengan consuelo en el cuerpo, en el alma y en el espíritu, y sean liberados de toda enfermedad, angustia y dolor», fue la oración para la bendición del aceite de los enfermos. «Concede energía y vigor a los catecúmenos que reciban la unción, para que, iluminados por tu sabiduría, comprendan más profundamente el Evangelio de Cristo; sostenidos por tu poder, asuman generosamente los compromisos de la vida cristiana; hechos dignos de ser adoptados como hijos,

gusten la alegría de renacer y de vivir en tu Iglesia», fue después la oración para la bendición del óleo de los catecúmenos. Al final de la Misa, después de la bendición, el Papa recordó a los obispos y sacerdotes que el crisma y los óleos benditos «se confían ahora para que, a través de vuestro ministerio, la gracia divina fluya en las almas, aportando fuerza y vida. Respetad, venerad y guardad con especial cuidado estos óleos, signos de la gracia de Dios: que las personas, los lugares y las cosas, que serán marcados por ellos, resplandezcan con la santidad misma de Dios». El canto de la antifona *Ave Regina caelorum* acompañó la conclusión del rito. Concelebraron treinta y siete cardenales, cuarenta arzobispos, obispos y casi dos mil sacerdotes. Para la plegaria eucarística se acercaron al altar los cardenales Angelo De Donatis,

vicario general para la diócesis de Roma, Giovanni Battista Re, decano del Colegio Cardenalicio, Leonardo Sandri, vicedecano, y Francis Arinze, prefecto emérito de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, y el obispo Baldassare Reina, vicegerente de Roma. Concelebraron, entre otros, los arzobispos Edgar Peña Parra, sustituto de la Secretaría de Estado para los Asuntos Generales, Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, y Luciano Russo, secretario de la Sección para el Personal Diplomático de la Santa Sede; y monseñores Roberto Campisi, asesor, y Joseph Murphy, jefe de protocolo. El servicio de monaguillo fue prestado por estudiantes de los seminarios de la diócesis de Roma. Los cantos fueron interpretados por el coro de la Capilla Sixtina.

Semana Santa 2023: Jueves Santo

En la misa in Cena Domini el Papa lava los pies a los internos de Casal del Marmo

Jesús nos ama como somos



Salvar sirviendo: es lo que hace Jesús cuando lava los pies a los discípulos. El Papa Francisco volvió a proponer el gesto y su significado en la tarde del Jueves Santo, 6 de abril, con los reclusos de la cárcel de menores de Casal del Marmo, en Roma. En la capilla penitenciaria, el Pontífice celebró la Misa in Cena Domini con la que abrió los ritos del Triduo Pascual. Publicamos, a continuación, el texto de la homilía pronunciada por el Obispo de Roma.

Llama la atención cómo Jesús, justo el día antes de ser crucificado, hace este gesto. Lavar los pies, era costumbre en aquella época porque las calles eran polvorientas, la gente venía de fuera y al entrar en una casa, antes del banquete, de la reunión, se lavaban los pies. Pero, ¿quién lavaba los pies? Los esclavos, porque era trabajo de esclavos. Imaginaos lo asombrados que se quedaron los discípulos cuando

vieron que Jesús empezaba a hacer este gesto de esclavo.

Pero lo hace para hacerles comprender el mensaje del día siguiente: que moriría como un esclavo, para pagar la deuda de todos nosotros. Si escucháramos estas cosas de Jesús, la vida sería tan buena porque nos apresuraríamos a ayudarnos unos a otros, en lugar de engañarnos unos a otros, de aprovecharnos unos de otros, co-

mo nos enseñan los listos. Es tan hermoso ayudarse unos a otros, echarse una mano: son gestos humanos, universales, pero que salen de un corazón noble. Y Jesús quiere enseñarnos

dentro...". Pero Jesús las conoce y nos ama como somos, y nos lava los pies. Jesús nunca se asusta de nuestras debilidades, nunca se asusta porque ya ha pagado, sólo quiere acompañarnos,

Y esta conciencia, esta certeza de que cada uno de nosotros puede resbalar es lo que nos da la dignidad —escuchad la palabra: la “dignidad”— de ser pecadores.

esto hoy con esta celebración: la nobleza de corazón. Cada uno de nosotros puede decir: “Pero si el Papa supiera las cosas que tengo

quiere llevarnos de la mano para que la vida no sea tan dura para nosotros. Haré el mismo gesto de lavar los pies, pero no es algo folclórico, no. Pensemos que es un gesto que anuncia cómo debemos ser, unos con otros.

En la sociedad vemos cuánta gente se aprovecha de los demás, cuánta gente está acorralada y no puede salir. Cuántas injusticias, cuánta gente sin trabajo, cuánta



gente que trabaja y cobra la mitad, cuánta gente que no tiene dinero para comprar medicinas, cuántas familias rotas, tantas cosas malas... Y ninguno de nosotros puede decir: “Yo gracias a Dios no estoy así, ¿sabes?” — “¡Si no estoy así es por la gracia de Dios!”; cada uno de nosotros puede resbalar, cada uno de nosotros.

Y esta conciencia, esta certeza de que cada uno de nosotros puede resbalar es lo que nos da la dignidad —escuchad la palabra: la “dignidad”— de ser pecadores. Y así nos quiere Jesús, y por eso quiso lavarnos los pies y

decirnos: “He venido a salvaros, a servirlos”. Ahora yo haré lo mismo para recordar lo que Jesús nos enseñó: ayudarnos los unos a los otros.

Y así la vida es más bella y podemos seguir así. Durante el lavatorio de los pies —espero lograrlo porque no puedo caminar bien— pero durante el lavatorio de los pies piensas: “Jesús me lavó los pies, Jesús me salvó, y ahora tengo esta dificultad”.

Pero pasará, el Señor está siempre a tu lado, nunca te deja, nunca. Pensad en esto.

La segunda llamada

El 15 de febrero de 2018, dirigiéndose a los párrocos de Roma en San Juan de Letrán, aconsejó: «Me gustaría que todos leyeran: La segunda llamada, del padre René Voillaume. Sería bueno ofrecerlo... a los sacerdotes. Hace una hermosa exégesis de la vocación de Pedro, la última, en Tiberíades: el Pedro de la segunda llamada. Como el Señor nos llamó la primera vez, nos llama una y otra vez, pero con fuerza la primera vez; luego nos acompaña llamándonos cada día, pero en un determinado momento de la vida, esto se convierte en una segunda llamada fuerte».

Y la mañana del Jueves Santo, el Papa Francisco en la Misa Crismal ofreció copias a los casi 2.000 sacerdotes que concelebraron con él en la Basílica de San Pedro. «Al final de esta celebración —anunció en su homilía, citando también un pasaje (tomado de S. Stevan, *La segunda llamada. Il coraggio della fragilità*, Edizioni Dehoniane Bologna, 2018)— les darán como regalo un clásico, un libro que trata este problema, es un clásico del padre Voillaume que aborda este problema, léanlo», recomendó, porque «todos nosotros necesitamos reflexionar sobre este momento de nuestro sacerdocio».

Dentro de un mes aproximadamente, el 13 de mayo, se cumplirán 20 años de la muerte —en Aix-en-Provence, a la edad de 98 años— de este sacerdote francés, fundador de la congregación de los Hermanitos de Jesús en 1933, de los Hermanitos del Evangelio en 1956, y luego de las Herma-

nitas del Evangelio en 1963, cuya espiritualidad se inspira en la vida de Charles de Foucauld.

Al día siguiente de la canonización del «pequeño Hermano universal», en mayo del año pasado, el Papa Francisco, recibiendo a la asociación de la familia espiritual que recogió su legado, confió: «Quisiera dar las gracias a san Carlos de Foucauld, porque su espiritualidad me hizo mucho bien cuando estudiaba teología, una época de maduración y también de crisis. Me llegó a través del padre Paoli [Arturo, 1912-2015, ed.] y de los libros de Voillaume, que leía continuamente. Me ayudó mucho a superar las crisis y a encontrar una forma de vida cristiana más sencilla, menos pelagiana, más cercana al Señor». Además, Francisco también citó al padre René en la encíclica *Fratelli tutti*, al final del punto n° 193, relanzando un pasaje de *Frère de tous* (Ed. du Cerf, París 1968, 12-13), en el que explica que «amar al más insignificante de los seres humanos como a un hermano, como si no hubiera más que él en el mundo, no es perder el tiempo».

Entre los predecesores del Pontífice, sobre todo San Pablo VI conocía bien a Voillaume. Ya en 1953, como prosecretario de Estado, Montini escribió un prefacio a su libro más famoso *Au coeur des masses. La vie religieuse des Petits Frères du père de Foucauld*. en la cuaresma de 1968 le invitó al Vaticano para predicar ejercicios espirituales a la Curia romana.



Semana Santa 2023: Viernes Santo

La homilía del cardenal Raniero Cantalamessa para la celebración de la Pasión presidida por el Papa Francisco en la basílica de San Pedro

La apoteosis de la vida en el tiempo del nihilismo

En la tarde del Viernes Santo, 7 de abril, el Papa Francisco presidió en la Basílica Vaticana la celebración de la Pasión del Señor. Después de la proclamación del Evangelio de Juan (18, 1 - 19, 42), el cardenal capuchino, predicador de la Casa pontificia, pronunció la homilía sobre el tema «¿Anunciamos tu muerte, Señor!». A continuación el texto.

Desde hace dos mil años, la Iglesia anuncia y celebra, en este día, la muerte del Hijo de Dios en la cruz. En cada misa, después de la consagración, repetimos: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!". Otra muerte de Dios, sin embargo, ha sido proclamada durante más de un siglo en nuestro mundo occidental desecristianizado. Cuando, en el ámbito de la cultura, se habla de la "muerte de Dios", es esta otra muerte de Dios - ideológica y no histórica - que se entiende. Algunos teólogos, para no quedarse atrás, se apresuraron a construir sobre ella una teología: "La teología de la muerte de Dios".

No podemos desconocer la existencia de esta narrativa diferente, sin dejar presa de la sospecha a muchos creyentes. Esta muerte diferente de Dios ha encontrado su perfecta expresión en la conocida proclama que Nietzsche pone en boca del "hombre loco" que llega sin aliento a la plaza de la ciudad: ¿A dónde se ha ido Dios? - gritó - ¡Te lo diré yo! Fuimos nosotros quienes lo matamos: ¡tú y yo!... Nunca hubo acción más grande. Todos los que vengan después de nosotros, en vir-

Dios!" En cambio, nuestra respuesta como creyentes es: "¡Sí, y eso es exactamente lo que sucedió y está sucediendo! Vagamos espiritualmente como por una nada infinita". Es significativo que, precisamente en la estela del autor de esa proclama, algunos hayan llegado a definir la existencia humana como un "ser-para-la-muerte", y a considerar todas las supuestas posibilidades del hombre como "nulidades desde el principio".^[2]

"Más allá del bien y del mal", fue otro grito de batalla del autor^[3]; pero más allá del bien y del mal, solo hay "voluntad de poder", y sabemos adónde ella nos lleva...

No se nos permite juzgar el corazón de un hombre que solo Dios conoce. Incluso el autor de ese anuncio ha tenido su parte de sufrimiento en la vida, y el sufrimiento une a Cristo, quizás, más de lo que lo separan de Él las invectivas. La oración de Jesús en la cruz: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lucas 23,34), ¡no fue dicha sólo para los que estaban presentes en el Calvario ese día!

Me viene a la mente una imagen que a veces he observado en vivo (¡y que espero se haya hecho realidad, mientras tanto, para el autor de aquella proclama!): un niño enfadado intenta golpear con sus manos y rascar la cara del padre, hasta que, agotado, cae llorando en sus brazos, quien lo calma y lo estrecha contra su pecho.

No juzgamos, repito, a la persona que sólo Dios conoce. Los frutos, sin embargo, que su proclama-

nal nos dicen que detrás de este "mito" hay una verdad trascendente que ninguna narración histórica o razonamiento filosófico podría transmitirnos. Dios conoce nuestro orgullo y ha venido a nuestro encuentro. Él se ha "aniquilado" primero delante de nuestros ojos. De hecho Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. (Fil 2, 6-8).

¿Dios? ¿Fuimos nosotros quienes lo matamos: tú y yo!? grita "el hombre loco". Esta cosa terrible en realidad sucedió una vez en la historia humana, pero en un sentido muy diferente de lo que él entendía. Porque es verdad, hermanos y hermanas: ¡fuimos nosotros, vosotros y yo, quienes matamos a Jesús de Nazaret! Él murió por nuestros pecados y por los del mundo entero (Jn 2,2). Pero su resurrección nos asegura que este camino no conduce a la derrota, sino que, gracias a nuestro arrepentimiento, conduce a esa "apoteosis de la vida", buscada en vano por otros caminos. ¿Por qué hablar de todo esto en una liturgia de Viernes Santo? No para convencer a los ateos de que Dios no está muerto. Los más famosos entre ellos lo descubrieron por su cuenta, en el momento en que cerraron los ojos a la luz - de hecho, a la oscuridad - de este mundo. En cuanto a aquellos que todavía están entre nosotros, se ne-



Voce

Publicamos, a continuación, el texto de la Vía Crucis celebrado en el Coliseo en la tarde del 7 de abril, Viernes Santo. Debido al intenso frío de estos días el Papa Francisco no estuvo presente en el Coliseo y siguió el Vía Crucis del Viernes Santo desde la Casa Santa Marta. Así lo anunció la Oficina de Prensa de la Santa Sede, subrayando que el Pontífice se uniría a las oraciones de quienes se reunirán con la diócesis de Roma para el sugestivo rito en la colina del Palatino. Tras la celebración vespertina de la Pasión del Señor en la basílica vaticana, serán "voces de paz en un mundo de guerra" las que marcarán el rito que recorre las etapas del camino de Jesús hacia la muerte, acompañado este año por las reflexiones "de hermanos y hermanas que en el mundo han sufrido y sufren la falta de paz". Una elección que suena como una invitación a dejarse "ahondar por testimonios y resonancias que han llegado al oído y al corazón del Papa también durante sus visitas". Son "ecos de paz", reza la oración introductoria, "que reaparecen en esta 'tercera guerra mundial a pedazos', gritos que vienen de países y zonas hoy devastados por la violencia, las injusticias y la pobreza. Todos los lugares donde se padecen conflictos, odios y persecuciones están presentes en la oración de este viernes santo".

Oración inicial

Señor Jesús, tú eres «nuestra paz» (Ef 2,14). Antes de la Pasión dijiste: «Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo» (Jn 14,27). Señor, necesitamos tu paz, esa paz que no somos capaces de construir con nuestras propias fuerzas. Necesitamos volver a escuchar esas palabras con las que, ya resucitado, reconfortaste tres veces el corazón de los discípulos: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21.26). Jesús, que por nosotros abrazas la cruz, mira nuestra tierra sedienta de paz, mientras la sangre de tus hermanos y hermanas se sigue derramando y las lágrimas de tantas madres que pierden a sus hijos en la guerra se mezclan con las lágrimas de tu santa Madre. También tú, Señor, lloraste por Jerusalén porque no había reconocido el camino de la paz (cf. Lc 19,42). Precisamente desde la Tierra Santa se abre paso el camino de la cruz esta tarde en pos de ti. Lo recorreremos escuchando tu sufrimiento, reflejado en el de tantos hermanos y hermanas que en el mundo han sufrido y sufren la falta de paz, dejándonos interpelar profundamente por los testimonios y ecos que han llegado a los oídos y al corazón del Papa incluso durante sus visitas. Son ecos de paz que reaparecen en esta "tercera guerra mundial a pedazos", gritos que vienen de países y zonas hoy devastados por la violencia, las injusticias y la pobreza. Todos los lugares donde se padecen conflictos, odios y persecuciones están presentes en la oración de este viernes santo. Señor Jesús, cuando naciste los ángeles en el cielo proclamaron: «En la tierra paz a los hombres» (Lc 2,14). Ahora suben nuestras oraciones al cielo para conseguir «la paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia» (Pacem in terris, 1). Rezamos suplicando esa paz que



tud de esta acción, pertenecerán a una historia más alta que cualquier historia que haya existido hasta ahora.^[1]

En la lógica de estas palabras - y, creo, en las expectativas del autor - estaba que, después de él, la historia no se dividiera más en Antes de Cristo y Después de Cristo, más bien en Antes de Nietzsche y Después de Nietzsche.

Aparentemente, no es la Nada lo que se pone en el lugar de Dios, sino el hombre, y más precisamente el "superhombre", o "el más-allá-del-hombre". De este hombre nuevo hay que exclamar ahora - con un sentimiento de satisfacción y de orgullo, no ya de compasión: "¡Ecce homo!": ¡Aquí está el verdadero hombre! Sin embargo, no tardaremos mucho en darnos cuenta de que, dejado a sí mismo, el hombre no es nada.

¿Qué hicimos desatando esta tierra de la cadena de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Adónde caminamos? ¿Lejos de todo sol? ¿No es la nuestra una caída eterna? ¿Y hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante, de todos lados? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como por una nada infinita?

La respuesta tácita y consoladora del "hombre loco" a estas preguntas suyas es: "¡No, no vagaremos en una nada infinita, porque el hombre cumplirá la tarea encomendada hasta ahora a

mación produjo, los podemos y debemos juzgar. Ella ha sido declinada de las más diversas maneras y con los más diversos nombres, hasta convertirse en una moda, en un aire que se respira en los círculos intelectuales del Occidente "posmoderno". El denominador común de todas estas diferentes declinaciones es el relativismo total en todos los campos: ética, lenguaje, filosofía, arte y, por supuesto, religión. Nada más es sólido; todo es líquido, o incluso vaporoso. En la época del romanticismo la gente se deleitaba en la melancolía, hoy en el nihilismo.

Como creyentes, es nuestro deber mostrar lo que hay detrás o debajo de esa proclamación. Hay el brillo de una llama antigua, la repentina erupción de un volcán activo desde el principio del mundo. El drama humano también tuvo su "prólogo en el cielo", en ese "espíritu de negación" que no aceptaba existir en la gracia de otro. Desde entonces, ha estado reclutando seguidores para su causa, empezando por los ingenuos Adán y Eva: "Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal" (Génesis 3,5). Para el hombre moderno, todo esto no parece más que un mito etiológico para explicar la existencia del mal en el mundo. Y -en el sentido positivo que se le da hoy al mito- ¡así es en realidad! Pero la historia, la literatura y nuestra propia experiencia perso-

cesitan otros medios que las palabras de un pobre predicador. Medios que el Señor no fallará otorgar a los que tienen el corazón abierto a la verdad, como le pediremos a Dios en la oración universal que va a seguir en nuestra liturgia.

No, el verdadero motivo es otro; es para evitar que los creyentes, quién sabe, tal vez solo unos pocos estudiantes universitarios, sean arrastrados a este vértice del nihilismo que es el verdadero "agujero negro" del universo espiritual. El intento es de hacer resonar entre nosotros la exhortación siempre actual de Dante Alighieri:

Sed, oh cristianos, en moveros más graves. No seáis como pluma a todo viento^[4] y no penséis que cada agua os lave.

Sigamos pues, Venerados Padres, hermanos y hermanas, repitiendo agradecidos y más convencidos que nunca, las palabras que proclamamos en cada Misa:

Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección.

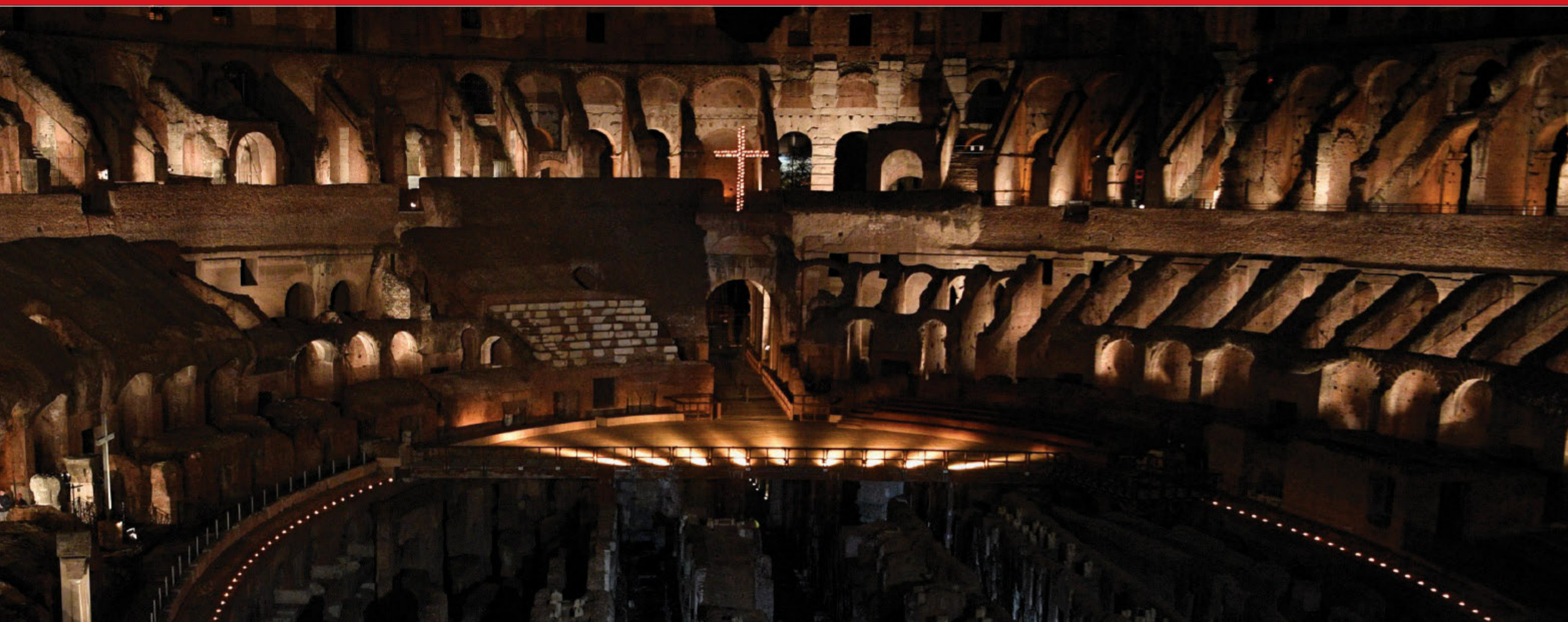
¡Ven, Señor Jesús!

[1] Friedrich Nietzsche, La gaya ciencia (1882), n. 135.

[2] Martin Heidegger, Ser y tiempo, II, cap. 2-3.

[3] F. Nietzsche, Más allá del bien y del mal, Lipsia 1886.

[4] Paraíso, V, 73-75.



Texto del Via Crucis del 2023

es de paz en un mundo de guerra



nos has confiado y que no logramos conservar. Jesús, desde la cruz abrazas al mundo entero. Perdona nuestros errores, sana nuestros corazones, danos tu paz.

1. Jesús es condenado a muerte

(voces de paz desde Tierra Santa)

Entonces, Pilato puso en libertad a Barrabás; y a Jesús, después de haberlo hecho azotar, lo entregó para que fuera crucificado (Mt 27,26). ¿Barrabás o Jesús? Deben elegir. No es una decisión cualquiera; se trata de decidir dónde estar, qué posición tomar ante las complejas vicisitudes de la vida. La paz, que todos deseamos, no nace por sí misma, sino que espera una decisión por parte nuestra. Hoy como entonces estamos llamados continuamente a decidir entre Barrabás o Jesús: la rebelión o la mansedumbre, las armas o el testimonio, el poder humano o la fuerza silenciosa de la pequeña semilla, el poder del mundo o el del Espíritu. En Tierra Santa parece que nuestra opción sea siempre Barrabás. La violencia parece ser nuestro único lenguaje. El motor de las represalias mutuas se alimenta incesantemente del propio dolor, que a menudo se vuelve el único criterio de jui-

cio. Justicia y perdón no logran dialogar entre sí. Vivimos juntos, sin reconocernos el uno al otro, rechazando uno la existencia del otro, condenándonos mutuamente, en un círculo vicioso sin fin y cada vez más violento. Y en este contexto cargado de odio y rencor, también nosotros estamos llamados a expresar un juicio y a tomar nuestra decisión. Y no podemos hacerlo sin mirar a ese condenado a muerte silencioso, perdedor, pero por quien hemos optado, Jesús. Cristo nos invita a no usar el criterio de Pilatos y de la multitud, sino a reconocer el sufrimiento del otro, a poner en diálogo la justicia y el perdón, y a desear la salvación para todos, también para los ladrones, también para Barrabás.

Oremos diciendo: Ilumínanos, Señor Jesús. Cuando creemos que tenemos siempre la razón: Ilumínanos, Señor Jesús. Cuando condenamos sin miramientos a nuestros hermanos: Ilumínanos, Señor Jesús. Cuando cerramos los ojos ante la injusticia: Ilumínanos, Señor Jesús. Cuando sofocamos el bien a nuestro alrededor: Ilumínanos, Señor Jesús.

2. Jesús es cargado con la cruz

(voces de paz de un migrante de África occidental)

Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándonos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados (1 P 2,24).

Mi vía crucis comenzó hace seis años, cuando dejé mi ciudad. Después de 13 días de viaje llegamos al desierto y lo atravesamos en 8 días, topándonos con coches quemados, bidones de agua vacíos, cadáveres de personas, hasta llegar a Libia. El que todavía debía dinero a los traficantes por la travesía fue encerrado y torturado hasta que pagó. Algunos perdieron la vida, otros la razón. Me prometieron que me pondrían en un barco rumbo a Europa, pero los viajes fueron cancelados y no recuperamos el dinero. Allí estaban en guerra y llegamos al punto de ya no prestar atención a la violencia ni a las balas perdidas. Encontré trabajo como estucador para pagar otro viaje. Finalmente subí con más de cien personas en una balsa inflable. Navegamos durante horas hasta que una embarcación italiana nos salvó. Estaba lleno de alegría, nos arrodillamos para agradecer a Dios; después descubrimos que la embarcación estaba regresando a Libia. Allí estuvimos encerrados en un centro de detención, el peor lugar del mundo. Diez meses después estaba nuevamente en una barca. La primera noche hubo marejada, cuatro cayeron al mar, logramos salvar a dos. Me dormí esperando morir. Al despertarme, vi junto a mí personas que me sonreían. Unos pescadores tunecinos pidieron ayuda, la barca atracó y unas ONG nos dieron comida, ropa y cobijo. Trabajé para pagar otro viaje. Era la sexta vez; después de tres días en el mar llegué a Malta. Permanecí en un centro durante seis meses y allí perdí la razón; cada tarde preguntaba a Dios por qué. ¿por qué hombres como nosotros deben considerarnos enemigos? Muchas personas que huyen de la guerra cargan cruces similares a la mía.

Oremos diciendo: Líbranos, Señor Jesús. De las condenas fáciles al prójimo: Líbranos, Señor Jesús. De los juicios precipitados: Líbranos, Señor Jesús. De las críticas y de las palabras inútiles: Líbranos, Señor Jesús. De las habladurías destructivas: Líbranos, Señor Jesús.

3. Jesús cae por primera vez

(voces de paz de los jóvenes de Centroamérica)

Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado.

Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades (Is 53,4-5). Nosotros los jóvenes queremos la paz. Pero con frecuencia caemos, y la caída tiene muchos nombres: nos tiran al suelo la pereza, el miedo, el desaliento y también las promesas vacías de una vida fácil pero sucia, hecha de avaricia y corrupción. Esto es lo que hace crecer las espirales del narcotráfico, de la violencia, de las dependencias y la explotación de las personas, mientras muchas familias siguen llorando la pérdida de los hijos; y la impunidad del que estafa, secuestra y mata no tiene fin. ¿Cómo obtener la paz? Jesús, tú caíste bajo el peso de la cruz, pero te pusiste en pie, tomaste nuevamente la cruz y con ella nos diste la paz. Nos impulsas a tomar las riendas de la propia vida; nos animas a tener la valentía de implicarnos; que en nuestra lengua se dice "compromiso". Y significa decir no a muchos compromisos, a muchos falsos compromisos que matan la paz. Estamos llenos de estas componendas: no queremos violencia, pero en las redes sociales atacamos a quien no piensa como nosotros; queremos una sociedad unida, pero no nos esforzamos por entender al que tenemos a nuestro lado; peor aún, descuidamos a quien nos necesita. Señor, pon en nuestro corazón el deseo de levantar al que está caído. Como tú haces con nosotros.

Oremos diciendo: Levántanos, Señor Jesús. De nuestras perezas: Levántanos, Señor Jesús. De nuestras caídas: Levántanos, Señor Jesús. De nuestras tristezas: Levántanos, Señor Jesús. De pensar que ayudar a los demás no nos corresponde a nosotros: Levántanos, Señor Jesús.

4. Jesús se encuentra con su Madre

(voces de paz de una madre de Sudamérica)

Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos» (Lc 2,34-35). En el 2012 la explosión de una bomba puesta por los guerrilleros me destruyó una pierna. La metralla me provocó decenas de heridas en el cuerpo. De aquel momento recuerdo los gritos de la gente y la sangre por todas partes. Pero lo que más me aterrorizó fue ver a mi hija de siete meses, cubierta de sangre, con muchos trozos de vidrio incrustados en su carita. ¡Lo que debe haber sido para María ver el rostro de Jesús deformado y ensangrentado! Yo, víctima de esa violencia insensata, al principio experimenté rabia y resentimiento, pero después descubrí que si difundía odio creaba aún más violencia. Comprendí que dentro de mí y a mi alrededor había heridas más profundas que las del cuerpo. Comprendí que muchas víctimas necesi-

Semana Santa 2023: Viernes Santo



VIENE DE LA PÁGINA 7

taban descubrir, tal y como lo hice yo, y a través de mí, que tampoco para ellos esto había terminado y que no se puede vivir de resentimiento. De este modo empecé a ayudarles: estudié para enseñar a prevenir los accidentes causados por los millones de minas diseminadas en nuestro territorio. Agradezco a Jesús y a su Madre por haber descubierto que enjugar las lágrimas de los demás no es tiempo perdido, sino la mejor medicina para curarse a uno mismo.

Oremos diciendo: Haz que te reconozcamos, Señor Jesús.

En el rostro desfigurado de los que sufren: Haz que te reconozcamos, Señor Jesús.

En los pequeños y en los pobres: Haz que te reconozcamos, Señor Jesús.

En quienes piden un gesto de amor: Haz que te reconozcamos, Señor Jesús.

En los perseguidos a causa de la justicia: Haz que te reconozcamos, Señor Jesús.

5. Jesús es ayudado por el Cireneo

(voces de paz de tres migrantes provenientes de África, Asia del Sur y Oriente Medio)

Cuando lo llevaban, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús (*Lc 23,26*).

[1] Soy una persona herida por el odio. El odio, una vez experimentado, no se olvida, te cambia. El odio asume formas horribles. Lleva a un ser humano a usar una pistola no sólo para dispararle a otro, sino también para romperle los huesos mientras los demás miran. Tengo dentro un vacío de amor que hace que me sienta una carga inútil. ¿Habrá un cireneo para mí? [2] Mi vida está en camino. Escapé de las bombas, de los cuchillos, del hambre y del dolor. Fui empujado a un camión, escondido en baúles, arrojado en barcas inseguras. Y, sin embargo, mi viaje continuó para poder alcanzar un lugar seguro, que ofrezca libertad y oportunidades; donde pueda dar y recibir amor, practicar mi fe; donde esperar sea real. ¿Habrá un cireneo para mí? [3] A menudo me preguntan: ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? ¿Cuál es tu estatus? ¿Esperas quedarte? ¿Adónde irás? No son

preguntas que quieran herir, pero hieren. Hacen que lo que espero ser se reduzca a una marca sobre las casillas de un módulo; debo elegir entre extranjero, víctima, solicitante de asilo, refugiado, migrante, otro; pero lo que quisiera escribir es persona, hermano, amigo, creyente, prójimo. ¿Habrá un cireneo para mí?

Oremos diciendo: Perdónanos, Señor Jesús. Te hemos despreciado en los desafortunados: Perdónanos, Señor Jesús.

Te hemos ignorado en quienes necesitaban ayuda: Perdónanos, Señor Jesús.

Te hemos abandonado en los indefensos: Perdónanos, Señor Jesús.

No te hemos servido en los que sufren: Perdónanos, Señor Jesús.

6. La Verónica enjuga el rostro de Jesús

(voces de paz de un sacerdote religioso de la Península Balcánica)

«Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver» (*Mt 25,34-36*).

Cuando llegó la guerra, tenía cuarenta años y era párroco. Unos agentes armados entraron en la casa parroquial y me llevaron a un campo donde transcurrió cuatro meses. Fueron terribles: privados de las mínimas condiciones higiénicas, sufríamos hambre y sed, sin poder bañarnos ni afeitarnos; éramos maltratados físicamente, golpeados y torturados con diversos objetos. Me llevaban fuera, hasta cinco veces al día, sobre todo de noche, llamándome párroco y golpeándome. Además, me rompieron tres costillas y me amenazaron con arrancarme las uñas, ponerme sal en las heridas y desollarme vivo. Una vez fue tan difícil resistir que supliqué al guardia que acabara con mi vida, convencido de que lo haría de todos modos. El guardia me respondió: “No morirás tan fácilmente, por ti recibiremos ciento cincuenta de los nuestros”. Esas palabras reavivaron en mí la esperanza de sobrevivir. Pero no hubiera sido capaz de soportar todo ese mal yo solo, sin Dios. La oración, repetida en el corazón, hizo maravillas. Y la Provi-

dencia llegó, bajo forma de ayuda y comida, a través de una mujer musulmana, Fátima, que logró llegar hasta mí abriéndose paso en medio del odio. Fue para mí como la Verónica para Jesús. Ahora, y hasta el final de mis días, doy testimonio de los horrores de la guerra y grito: ¡Nunca más la guerra!

Oremos diciendo: Danos tu mirada, Señor Jesús. Para amar a quien no es amado: Danos tu mirada, Señor Jesús.

Para socorrer a quien se ha perdido en el camino: Danos tu mirada, Señor Jesús.

Para cuidar de quien sufre a causa de la violencia: Danos tu mirada, Señor Jesús.

Para acoger a quien se arrepiente del mal cometido: Danos tu mirada, Señor Jesús.

7. Jesús cae por segunda vez

(voces de paz de dos adolescentes del norte de África)

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?». Y el Rey les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (*Mt 25,37-40*).

[1] Me llamo Joseph, tengo dieciséis años. Llegué al campo para desplazados con mis padres en el 2015 y vivo allí desde hace más de ocho años. Si hubiera habido paz, me habría quedado en mi casa, donde nací, y habría disfrutado mi infancia. Aquí la vida no es bella. Tengo miedo del futuro, por mí y por los demás chicos. ¿Por qué sufrimos en el campo para desplazados? A causa de los conflictos que está atravesando mi país, flagelado por la guerra desde que existe. Sin paz no lograremos levantarnos. Una y otra vez se promete la paz, pero volvemos a caer bajo el peso de la guerra, nuestra cruz. Agradezco a Dios, que como un padre nos levanta, y a tantas personas generosas que quizá nunca conoceré y que, al ayudarnos, nos permiten sobrevivir. [2] Yo soy Johnson y desde el 2014 vivo en otro campo para desplazados, bloque B, sector 2. Tengo catorce años y curso el tercer grado de primaria. Aquí la vida no es buena, muchos niños no van a la escuela porque no hay maestros ni escuelas para todos, el lugar es demasiado pequeño y está lleno, ni siquiera hay espacio para jugar al fútbol. Queremos la paz para volver a casa. La paz está bien, la guerra está mal. Quisiera decirlo a los líderes del mundo. Y a todos los amigos les pido que recen por la paz.

Oremos diciendo: Haznos fuertes, Señor Jesús. En la hora de la prueba: Haznos fuertes, Señor Jesús.

En el esfuerzo por construir puentes de fraternidad: Haznos fuertes, Señor Jesús.

Al cargar nuestra cruz: Haznos fuertes, Señor Jesús.

Al dar testimonio del Evangelio: Haznos fuertes, Señor Jesús.

8. Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén

(voces de paz desde el sudeste asiático)

Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él (*Lc 23,27*).

Jesús, cargas con tu cruz. Y pienso que también mi país carga con su cruz. Somos un pueblo que ama la paz, pero estamos aplastados por la cruz del conflicto; por la violencia, los desplazamientos internos, los ataques a los lugares de culto. Es una carga pesada, Jesús, que arrastramos en un vía crucis que parece interminable. Las lágrimas de nuestras madres se derraman por el hambre de sus hijos. Y, como ellas, tampoco yo tengo muchas palabras para rezar, pero sí muchas lágrimas que ofrecer. Señor, el cortejo que te conducía al Calvario era tremendo, pero entre la multitud embrutecida por el mal se abrieron camino unas mujeres que lloraban. Ellas te dieron fuerza. Eran madres que no veían en ti a un condenado, sino a un hijo. También de entre nosotros salió una mujer de la multitud, convertida en madre espiritual para muchos, que en defensa de su gente se arrojó frente

Voces de

al poder desplegado por las armas y, dispuesta a dar su vida, pidió con mansedumbre la paz y la reconciliación. Jesús, ahora como entonces, en la confusión macabra del odio nace la danza de la paz. Y nosotros, cristianos, queremos ser instrumentos de paz. Conviértenos a ti, Jesús, y fortalécenos, porque sólo tú eres nuestra fuerza.

Oremos diciendo: Conviértenos, Señor Jesús. Del comercio de armas sin escrúpulos de conciencia: Conviértenos, Señor Jesús.

Del invertir dinero en armamento en vez de en alimentos: Conviértenos, Señor Jesús.

De la esclavitud del dinero que provoca guerras e injusticias: Conviértenos, Señor Jesús.

Para que las lanzas se transformen en podaderas: Conviértenos, Señor Jesús.

9. Jesús cae por tercera vez

(voces de paz de una consagrada de África central)

Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que tiene apego a su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la Vida eterna (*Jn 12,24-25*).

El 5 de diciembre de 2013, a las cinco de la mañana, me despertaron las armas. Los rebeldes estaban invadiendo la capital. Muchos corrían e intenta-



ban esconderse, pero bastaba cruzarse con una bala perdida para morir. Fue el comienzo de sufrimientos indescriptibles: asesinatos, pérdida de familiares, amigos y compañeros. Mi hermana desapareció y ya no regresó nunca, lo que causó graves traumas a mi padre, que nos dejó algunos años después, como resultado de una breve enfermedad. Yo seguía llorando. En ese valle de lágrimas y de “por qué” pensé en Jesús. También Él cayó bajo el peso de la violencia, hasta llegar a decir en la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Unía mis “por qué” a los suyos y dentro de mí se generó una respuesta: ama como Jesús te ama. Se hizo la luz en medio de la oscuridad. Comprendí que debía obtener la fuerza para amar. Desde entonces, cada vez que hay un mínimo de calma, voy a Misa. Para llegar a la parroquia tengo que recorrer un largo camino y cruzar al menos tres barricadas de rebeldes. Pero, Misa tras Misa, ha crecido en mí una certeza: aunque haya perdido prácticamente todo, incluso la casa donde crecí, todo pasa menos Dios. Esto me ha aliviado y con algunos amigos hemos comenzado a reunir niños, que jugaban a ser soldados, para intentar transmitirles, a ellos que son el futuro, los valores evangélicos de la ayuda mutua, el perdón y la honestidad, para

paz en un mundo de guerra

que el sueño de la paz se vuelva realidad. Oremos diciendo: Sánanos, Señor Jesús. Del miedo de no ser amados: Sánanos, Señor Jesús. Del miedo de no ser comprendidos: Sánanos, Señor Jesús. Del miedo de ser olvidados: Sánanos, Señor Jesús. Del miedo de no poder más: Sánanos, Señor Jesús.

10. Jesús es despojado de sus vestiduras

(voces de paz de los jóvenes de Ucrania y Rusia)

Después lo crucificaron. Los soldados se repartieron sus vestiduras, sorteándolas para ver qué le tocaba a cada uno. Así se cumplió la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica (*Mt 15,24; Jn 19,24*).

[1] El año pasado, mi padre y mi madre nos prepararon a mí y a mi hermano más pequeño para llevarnos a Italia, donde nuestra abuela trabaja desde hace más de veinte años. Partimos de Mariúpol durante la noche. En la frontera los soldados detuvieron a mi padre y le dijeron que debía permanecer en Ucrania para combatir. Nosotros seguimos adelante en autobús dos días más. Al llegar a Italia yo estaba triste. Sentí que me despojaban de todo;

cribí una oración: Jesús, por favor, haz que haya paz en todo el mundo y que todos podamos ser hermanos. Oremos diciendo: Purifícanos, Señor Jesús. Del resentimiento y el rencor: Purifícanos, Señor Jesús. De las palabras y las reacciones violentas: Purifícanos, Señor Jesús. De las actitudes que provocan división: Purifícanos, Señor Jesús. Del deseo de sobresalir, humillando a los otros: Purifícanos, Señor Jesús.

11. Jesús es clavado en la cruz

(voces de paz de un joven del Cercano Oriente)

Con él crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda. [...] Los que pasaban lo insultaban, movían la cabeza y decían: «¡Eh, tú, que destruyes el Templo y en tres días lo vuelves a edificar, sálvate a ti mismo y baja de la cruz!» (*Mt 15,27-30*).

En el 2012, unos grupos de extremistas armados irrumpieron en nuestro barrio, matando con ráfagas de ametralladoras a quienes estaban en los balcones y en los departamentos. Tenía nueve años. Recuerdo la angustia de mi madre y mi padre; esa tarde nos encontramos abrazados y en oración,

sús. De la desconfianza y la sospecha: Sánanos, Señor Jesús. De la impaciencia y la prisa: Sánanos, Señor Jesús. De la cerrazón y el aislamiento: Sánanos, Señor Jesús.

12. Jesús muere perdonando a sus verdugos

(voces de paz de una madre de Asia Occidental)

Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». [...] Era alrededor del mediodía. El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. El velo del Templo se rasgó por el medio. Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró (*Lc 23,34-44-46*).

El 6 de agosto de 2014 la ciudad fue despertada por las bombas. Los terroristas estaban en las puertas. Tres semanas antes habían invadido las ciudades y las aldeas vecinas, tratándolas con crueldad. Por eso huimos, pero pocos días después regresamos a casa. Una mañana, mientras estábamos atareados y los niños jugaban delante de las casas, resonó en el aire un proyectil de mortero. Salí corriendo. Ya no se sentían las voces de los niños, pero aumentaban los gritos de los adultos. Mi hijo, su primo y una joven vecina, que se estaba preparando para el matrimonio, habían sido alcanzados; estaban muertos. La muerte de estos tres ángeles nos impulsó a escapar. Si no hubiese sido por ellos, permaneciendo en la ciudad hubiéramos caído inevitablemente en las manos de los terroristas. No es fácil aceptar esta realidad. Con todo, la fe me ayuda a esperar, porque me recuerda que los muertos están en los brazos de Jesús. Y nosotros, que sobrevivimos, intentamos perdonar al agresor, porque Jesús perdonó a sus verdugos. En nuestras muertes creemos en Ti, Señor de la vida. Queremos seguirte y testimoniar que tu amor es más fuerte que todo.

Oremos diciendo: Enséñanos, Señor Jesús. A amar, como tú nos has amado: Enséñanos, Señor Jesús.

A perdonar, como tú nos has perdonado: Enséñanos, Señor Jesús.

A dar el primer paso para reconciliarnos: Enséñanos, Señor Jesús.

A hacer el bien sin exigir nada a cambio: Enséñanos, Señor Jesús.

13. Jesús es depuesto de la cruz

(voces de paz de una religiosa de África Oriental)

¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó (*Rm 8,35-37*).

Era el 7 de septiembre de 2022, día en el que en nuestro país recordamos el Acuerdo con el que finalmente se reconoció a nuestro pueblo el derecho a la plena independencia, cuando repentinamente sucedió algo que hizo añicos nuestra alegría: una hermana, que desde siempre había sido misionera en nuestras tierras, fue asesinada. Los terroristas habían entrado en casa y le quitaron la vida sin piedad. El día de la victoria de convirtió en derrota; el miedo y la incertidumbre inundaron nuestros corazones. La experiencia de centenares de familias que vieron la trágica muerte de sus seres queridos volvió a hacerse realidad; entre nuestros brazos yacía el cuerpo sin vida de nuestra hermana. No es fácil presenciar la muerte violenta de un familiar, de un amigo, de un vecino, como no es fácil ver que la propia casa y los propios bienes se reducen a cenizas y el futuro se vuelve oscuro. Pero esta es la vida de mi pueblo, es mi vida. Por eso, como nos ha sido testimoniado y como aprendemos en la escuela de la Virgen de Nazaret, que acogió entre sus brazos a Jesús exánime y lo contempló con un amor iluminado por la fe, es necesario no dejar de encontrar la valentía de soñar un futuro de esperanza, paz y reconciliación. Porque el amor de Cristo resucitado ha sido derramado en nuestros corazones, porque Él es nuestra paz, Él

es nuestra verdadera victoria. Y nada nos separará jamás de su amor.

Oremos diciendo: Ten piedad de nosotros, Señor Jesús.

Buen Pastor, que das la vida por tu rebaño: Ten piedad de nosotros, Señor Jesús.

Tú que muriendo has destruido la muerte: Ten piedad de nosotros, Señor Jesús.

Tú que del corazón traspasado has hecho brotar la Vida: Ten piedad de nosotros, Señor Jesús.

Tú que desde el sepulcro iluminas la historia: Ten piedad de nosotros, Señor Jesús.

14. Jesús es colocado en el sepulcro

(voces de paz de mujeres jóvenes del sur de África)

Después de esto, José de Arimatea [...] pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo [...] y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas, agregándole la mezcla de perfumes (*Jn 19,38-40*).

Era un viernes por la tarde, cuando los rebeldes irrumpieron en nuestra aldea, tomaron como rehenes a todos los que pudieron, deportaron a quienes encontraron y nos cargaron con cuanto habían saqueado. Durante el trayecto mataron a muchos hombres con proyectiles y cuchillos. Llevaron a las mujeres a un parque. Cada día éramos maltratadas en el cuerpo y en el alma. Despojadas de la ropa y de la dignidad, vivíamos desnudas para que no escapásemos. Por pura gracia un día, cuando nos mandaron a buscar agua al río, conseguí huir. Todavía hoy nuestra provincia es un lugar de lágrimas y de dolor. Cuando el Papa vino a nuestro continente, pusimos a los pies de la cruz de Jesús la ropa de los hombres armados, que todavía nos dan miedo. En el nombre de Jesús los perdonamos por todo lo que nos hicieron. Pedimos al Señor la gracia de una convivencia pacífica y humana. Sabemos y creemos que el sepulcro no es la última morada, sino que todos estamos llamados a una vida nueva en la Jerusalén celestial.

Oremos diciendo: Guárdanos, Señor Jesús.

En la esperanza que no defrauda: Guárdanos, Señor Jesús.

En la luz que no se apaga: Guárdanos, Señor Jesús.

En el perdón que renueva el corazón: Guárdanos, Señor Jesús.

En la paz que nos hace bienaventurados: Guárdanos, Señor Jesús.

Oración final ("14 gracias")

Señor Jesús, Palabra eterna del Padre, por nosotros te has hecho silencio. Y en el silencio que nos guía hacia tu sepulcro hay aún una palabra que queremos decirte pensando en el itinerario del vía crucis que recorrimos contigo: gracias.

Gracias, Señor Jesús, por la mansedumbre que confunde a la prepotencia.

Gracias, por la valentía con la que has abrazado la cruz.

Gracias, por la paz que brota de tus heridas.

Gracias, por habernos dado a tu santa Madre como Madre nuestra.

Gracias, por el amor que mostraste ante la traición.

Gracias, por haber cambiado las lágrimas en una sonrisa.

Gracias, por haber amado a todos sin excluir a nadie.

Gracias, por la esperanza que infundes en la hora de la prueba.

Gracias, por la misericordia que sana las miserias.

Gracias, por haberte despojado de todo para enriquecernos.

Gracias, por haber transformado la cruz en árbol de vida.

Gracias, por el perdón que has ofrecido a tus verdugos.

Gracias, por haber vencido a la muerte.

Gracias, Señor Jesús, por la luz que has encendido en nuestras noches y, reconciliando toda división, nos ha hecho a todos hermanos, hijos del mismo Padre que está en los cielos.

Pater noster



que estaba completamente desnudo. No conocía la lengua y no tenía ningún amigo. La abuela se esforzaba por hacerme sentir afortunado, pero yo no hacía más que decir que quería volver a casa. Finalmente, mi familia decidió volver a Ucrania. Aquí la situación sigue siendo difícil, hay guerra por todas partes, la ciudad está destruida. Pero en el corazón me quedó esa certeza de la que me hablaba la abuela cuando yo lloraba: "Verás que todo pasará. Y con la ayuda del buen Dios volverá la paz". [2] Yo, en cambio, soy un joven ruso. Al decirlo experimento casi un sentimiento de culpa, pero al mismo tiempo no entiendo por qué y me siento doblemente mal. Despojado de la felicidad y de los sueños para el futuro. Hace dos años que veo llorar a mi abuela y a mi madre. Una carta nos comunicó que mi hermano mayor había muerto. Lo recuerdo todavía el día en que cumplió dieciocho años, sonriente y brillante como el sol, y todo eso sólo algunas semanas antes de partir a un largo viaje. Todos nos decían que debíamos estar orgullosos, pero en casa sólo había sufrimiento y tristeza. Lo mismo pasó con mi padre y mi abuelo; también partieron y no sabemos nada de ellos. Uno de mis compañeros de la escuela, con mucho miedo, me dijo al oído que hay guerra. Al volver a casa es-

conscientes de que estábamos ante una nueva y durísima realidad. La guerra se volvía cada día más horrible. Durante largos periodos faltaba la luz y el agua, y en todas partes se excavaron pozos. La comida era un problema cotidiano. En el 2014, mientras estábamos en el balcón, una bomba explotó frente a nuestra casa, lanzándonos hacia el interior y cubriéndonos de vidrios y astillas. Pocos meses después, otra bomba alcanzó la habitación de mis padres, que se salvaron por milagro y decidieron, muy a su pesar, dejar el país. Comenzó otro calvario porque, después de dos intentos de obtener un visado, no nos quedó más que embarcarnos. Arriesgamos la vida, permanecemos sobre una roca esperando el amanecer y una nave de la guardia costera. Habiendo sido salvados, los habitantes del lugar nos acogieron con los brazos abiertos, comprendiendo nuestras dificultades. La guerra ha sido la cruz de nuestra vida. La guerra mata la esperanza. En nuestro país, más aún después de los terribles desastres naturales, muchas familias, niños y ancianos viven sin esperanza. En el nombre de Jesús, que abrió los brazos en la cruz, ¡tiendan la mano a mi pueblo! Oremos diciendo: Sánanos, Señor Jesús. De la incapacidad de dialogar: Sánanos, Señor Je-

Semana Santa 2023: Vigilia pascual

La homilía de la Vigilia pascual en la Basílica vaticana

Volver a Galilea para resurgir a la vida nueva

Con una exhortación a volver a «la Galilea del primer amor» – cada uno a la propia, a la del primer encuentro con Jesús – para poder resurgir a «la vida nueva», el Papa Francisco concluyó la homilía para la solemne Vigilia pascual en la Noche santa, presidida el sábado por la noche, 8 de abril, en la Basílica vaticana. A continuación las palabras del Pontífice.

La noche está llegando a su fin y despuntan las primeras luces del amanecer, cuando las mujeres se ponen en camino hacia la tumba de Jesús. Avanzan con incertidumbre, desorientadas, con el corazón desgarrado de dolor por esa muerte que les había quitado al Amado. Pero, llegando hasta ese lugar y viendo la tumba vacía, invierten la ruta, cambian de camino; abandonan el sepulcro y corren a anunciar a los discípulos un nuevo rumbo: Jesús ha resucitado y los espera en Galilea. En la vida de estas mujeres se produjo la Pascua, que significa paso. Ellas, en efecto, pasan del triste camino hacia el sepulcro a la alegre carrera hacia los discípulos, para decirles no sólo que el Señor había resucitado, sino que hay una meta a la que deben dirigirse sin demora, Galilea. La cita con el Resucitado es allí, allí conduce la Resurrección. El nuevo nacimiento de los discipu-

nuestra desconfianza; las del “no hay nada más que hacer”, “las cosas no cambiarán nunca”, “mejor vivir al día” porque “no hay certeza del mañana”. También nosotros, cuando hemos sido atenazados por el dolor, oprimidos por la tristeza, humillados por el pecado; cuando hemos sentido la amargura de algún fracaso o el agobio por alguna preocupación, hemos experimentado el sabor acerbo del cansancio y hemos visto apagarse la ale-

son las propias–, nuestros caminos se detienen frente a las tumbas y permanecemos inmóviles llorando y lamentándonos, solos e impotentes, repitiéndonos nuestros “por qué”. Esa cadena de “por qué”...

En cambio, las mujeres en Pascua no se quedaron paralizadas frente a una tumba, sino que –dice el Evangelio– «atemorizadas pero llenas de alegría, se alejaron rápidamente del sepulcro y corrieron

Esto es lo que realiza la Pascua del Señor: nos impulsa a ir hacia adelante, a superar el sentimiento de derrota, a quitar la piedra de los sepulcros en los que a menudo encerramos la esperanza, a mirar el futuro con confianza, porque Cristo resucitó y cambió el rumbo de la historia

gría en el corazón.

A veces simplemente hemos experimentado la fatiga de llevar adelante la cotidianidad, cansados de exponernos en primera persona frente a la indiferencia de un mundo donde parece que siempre prevalecen las leyes del más astuto y del más fuerte. Otras veces, nos hemos sentido impotentes y desalentados ante el poder del mal, ante los conflictos que dañan las relaciones, ante las lógicas del

a dar la noticia a los discípulos» (v. 8). Llevan la noticia que cambiará para siempre la vida y la historia: ¡Cristo ha resucitado! (cf. v. 6). Y, al mismo tiempo, custodian y transmiten la recomendación del Señor, su invitación a los discípulos: que vayan a Galilea, porque allí lo verán (cf. v. 7). Pero, hermanos y hermanas, nos preguntamos hoy: ¿qué significa ir a Galilea? Dos cosas. Por una parte, salir del encierro del cenáculo



Esto es lo que realiza la Pascua del Señor: nos impulsa a ir hacia adelante, a superar el sentimiento de derrota, a quitar la piedra de los sepulcros en los que a menudo encerramos la esperanza, a mirar el futuro con confianza, porque Cristo resucitó y cambió el rumbo de la historia. Pero, para hacer esto, la Pascua del

sús abstracto, ideal, sino a la memoria viva, a la memoria concreta y palpitable del primer encuentro con Él. Sí, para caminar debemos recordar, para tener esperanza debemos alimentar la memoria. Y esta es la invitación: ¡recuerda y camina! Si recuperas el primer amor, el asombro y la alegría del encuentro con Dios, irás hacia adelante. Recuerda y camina.

Recuerda tu Galilea y camina hacia tu Galilea. Es el “lugar” en el que conociste a Jesús en

Pascua. Recuerda tu Galilea, haz memoria de ella, reavívala hoy. Vuelve a ese primer encuentro. Pregúntate cómo y cuándo sucedió; reconstruye el contexto, el tiempo y el lugar; vuelve a experimentar las emociones y las sensaciones; revive los colores y los sabores. Porque sabes que, cuando has olvidado ese primer amor, cuando has pasado por alto ese primer encuentro, ha comenzado a depositarse el polvo en tu corazón. Y experimentaste la tristeza y, como

Para resurgir, para recomenzar, para retomar el camino, necesitamos volver siempre a Galilea; no al encuentro de un Jesús abstracto, ideal, sino a la memoria viva, a la memoria concreta y palpitable del primer encuentro con Él

persona; donde Él para ti dejó de ser un personaje histórico como otros y se convirtió en la persona más importante de tu vida. No es un Dios lejano, sino el Dios cercano, que te conoce mejor que nadie. Hermano, hermana, haz memoria de Galilea, de tu Galilea; de tu llamada, de esa Palabra de Dios que en un preciso momento te habló justamente a ti; de esa experiencia fuerte en el Espíritu; de la alegría inmensa que sentiste al recibir el perdón sacramental en aquella confesión; de ese momento intenso e inolvidable de oración; de esa luz que se encendió dentro de ti y transformó tu vida; de ese encuentro, de esa peregrinación. Cada uno sabe dónde está la propia Galilea, cada uno de nosotros conoce dónde tuvo lugar su resurrección interior, ese momento inicial, fundante, que lo cambió todo. No podemos dejarlo en el pasado, el Resucitado nos invita a volver allí para celebrar la

les ocurrió a los discípulos, todo parecía sin perspectiva, como si una piedra sellara la esperanza. Pero hoy, hermano, hermana, la fuerza de la Pascua nos invita a quitar las lápidas de la desilusión y la desconfianza. El Señor, experto en remover las piedras sepulcrales del pecado y del miedo, quiere iluminar tu memoria santa, tu recuerdo más hermoso, hacer actual ese primer encuentro con Él. Recuerda y camina; regresa a Él, recupera la gracia de la resurrección de Dios en ti. Vuelve a Galilea, vuelve a tu Galilea. Hermanos, hermanas, sigámonos a Jesús en Galilea; encontrémoslo y adorémoslo allí donde Él nos espera. Revivamos la belleza del momento en que, después de haberlo descubierto vivo, lo proclamamos Señor de nuestra vida. Volvamos a Galilea, a la Galilea del primer amor. Que cada uno vuelva a su propia Galilea, la del primer encuentro, ¡y resurjamos a una vida nueva!



los, la resurrección de sus corazones pasa por Galilea. Entremos también nosotros en este camino de los discípulos que va del sepulcro a Galilea.

Las mujeres, dice el Evangelio, «fueron a visitar el sepulcro» (Mt 28,1). Piensan que Jesús se encuentra en el lugar de la muerte y que todo terminó para siempre. A veces también nosotros pensamos que la alegría del encuentro con Jesús pertenece al pasado, mientras que en el presente vemos sobre todo tumbas selladas: las de nuestras desilusiones, nuestras amarguras,

cálculo y de la indiferencia que parecen gobernar la sociedad, ante el cáncer de la corrupción –hay tanta–, ante la propagación de la injusticia, ante los vientos gélidos de la guerra. E incluso, quizá nos hayamos encontrado cara a cara con la muerte, porque nos ha quitado la dulce presencia de nuestros seres queridos o porque nos ha rozado en la enfermedad o en las desgracias, y fácilmente quedamos atrapados por la desilusión y se seca en nosotros la fuente de la esperanza. De ese modo, por estas u otras situaciones –cada uno sabe cuáles

para ir a la región habitada por las gentes (cf. Mt 4,15), salir de lo escondido para abrirse a la misión, escapar del miedo para caminar hacia el futuro. Y por otra parte –y esto es muy bonito–, significa volver a los orígenes, porque precisamente en Galilea había comenzado todo. Allí el Señor encontró y llamó por primera vez a los discípulos. Por tanto, ir a Galilea significa volver a la gracia originaria; significa recuperar la memoria que regenera la esperanza, la “memoria del futuro” con la que hemos sido marcados por el Resucitado.

Señor nos lleva a nuestro pasado de gracia, nos hace volver a Galilea, allí donde comenzó nuestra historia de amor con Jesús, donde fue el primer llamado. Es decir, nos pide que revivamos ese momento, esa situación, esa experiencia en la que encontramos al Señor, sentimos su amor y recibimos una mirada nueva y luminosa sobre nosotros mismos, sobre la realidad, sobre el misterio de la vida. Hermanos y hermanas, para resurgir, para recomenzar, para retomar el camino, necesitamos volver siempre a Galilea; no al encuentro de un Je-



En el mensaje antes de la bendición *Urbi et Orbi* el llamamiento a la comunidad internacional

Poner fin a todos los conflictos que ensangrientan el mundo

Cien mil entre fieles romanos y peregrinos procedentes de todo el mundo, participaron en la plaza de San Pedro, la mañana del 10 de abril, Domingo de Pascua en la Resurrección del Señor, en la misa que el Papa Francisco presidió en el atrio de la Basílica vaticana sin pronunciar la homilía. En torno a medio día, el Pontífice se asomó a la Logia central de la basílica para dirigir a los presentes y a los que le escuchaban a través de los medios de comunicación el mensaje pascual e impartir la bendición "Urbi et Orbi".

Queridos hermanos y hermanas: ¡Cristo ha resucitado! Hoy proclamamos que Él, el Señor de nuestra vida, es «la resurrección y la vida» del mundo (cf. *Jn* 11,25). Es Pascua, que significa "paso", porque en Jesús se realizó el paso decisivo de la humanidad: de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, del miedo a la confianza, de la desolación a la comunión. En Él, Señor del tiempo y de la historia, quisiera decirles a todos, con alegría en el corazón: ¡feliz Pascua! Que sea para cada uno de ustedes, queridos hermanos y hermanas —en particular para los enfermos y los pobres, para los ancianos y los que están atravesando momentos de prueba y dificultad—, un paso de la tribulación a la consolación. No estamos solos, Jesús, el Viviente, está con nosotros para siempre. Que la Iglesia y el mundo se alegren, porque hoy nuestra esperanza ya no se estrella contra el muro de la muerte; el Señor nos ha abierto un puente hacia la vida. Sí, hermanos y hermanas, en Pascua el destino del mundo cambió; y hoy, que coincide además con la fecha más probable de la resurrección de Cristo, podemos alegrarnos de celebrar, por pura gracia, el día más importante y hermoso de la historia. Cristo ha resucitado, verdaderamente ha resucitado, como se proclama en las Iglesias de Oriente: *Christòs anesti!* Ese verdaderamente nos dice que la esperanza no es una ilusión, ¡es verdad! Y que, a partir de la Pascua, el camino de la hu-

manidad, marcado por la esperanza, avanza veloz. Nos lo muestran con su ejemplo los primeros testigos de la Resurrección. Los Evangelios describen la prisa con la que el día de Pascua «las mujeres corrieron a dar la noticia a los discípulos» (*Mt* 28,8). Y, después que María Magdalena «corrió al encuentro de Simón Pedro» (*Jn* 20,2), Juan y el mismo Pedro "corrieron los dos juntos" (cf. v. 4) para llegar al lugar donde Jesús había sido sepultado. Y después, la tarde de Pascua, habiendo encontrado al Resucitado en el camino de Emaús, dos discípulos "partieron sin demora" (cf. *Lc* 24,33) y se apresuraron para recorrer muchos kilómetros en subida y a oscuras, movidos por la alegría incontenible de la Pascua que ardía en sus corazones (cf. v. 32). Es la misma alegría por la que Pedro, viendo a Jesús resucitado a orillas del lago de Galilea, no pudo quedarse en la barca con los demás, sino que se tiró al agua de inmediato para nadar rápidamente hacia Él (cf. *Jn* 21,7). En definitiva, en Pascua el andar se acelera y se vuelve una carrera, porque la humanidad ve la meta de su camino, el sentido de su destino, Jesucristo, y está llamada a ir de prisa hacia Él, esperanza del mundo. Apresurémonos también nosotros a crecer en un camino de confianza recíproca: confianza entre las personas, entre los pueblos y las naciones. Dejémosnos sorprender por el gozoso anuncio de la Pascua, por la luz que ilumina las tinieblas y las oscuridades que se cier-

nen tantas veces sobre el mundo. Apresurémonos a superar los conflictos y las divisiones, y a abrir nuestros corazones a quien más lo necesita. Apresurémonos a recorrer senderos de paz y de fraternidad. Alegrémonos por los signos concretos de esperanza que nos llegan de tantos países, empezando de aquellos que ofrecen asistencia y acogida a quienes huyen de la guerra y de la pobreza. Pero a lo largo del camino todavía hay muchas piedras de tropiezo, que hacen arduo y fatigoso nuestro apresurarnos hacia el Resucitado. A Él dirigamos nuestra súplica: ¡ayú-

danos a correr hacia Ti! ¡Ayúdanos a abrir nuestros corazones! Ayuda al amado pueblo ucraniano en el camino hacia la paz e infunde la luz pascual sobre el pueblo ruso. Conforta a los heridos y a cuantos han perdido a sus seres queridos a causa de la guerra, y haz que los prisioneros puedan volver sanos y salvos con sus familias. Abre los corazones de toda la comunidad internacional para que se esfuerce por poner fin a esta guerra y a todos los conflictos que ensangrientan al mundo, comenzando por Siria, que aún espera la paz. Sostiene a cuantos han sido afectados por el violento terre-

moto en Turquía y en la misma Siria. Recemos por cuantos han perdido familiares y amigos, y se quedaron sin casa; que puedan recibir consuelo de Dios y ayuda de la familia de las naciones. En este día te confiamos, Señor, la ciudad de Jerusalén, primer testigo de tu Resurrección. Expreso mi profunda preocupación por los ataques de estos últimos días, que amenazan el deseado clima de confianza y respeto recíproco, necesario para retomar el diálogo entre israelíes y palestinos, de modo que la paz reine en la Ciudad Santa y en toda la región. Ayuda, Señor, al Líbano, todavía en busca de estabilidad y unidad, para que supere las divisiones y todos los ciudadanos trabajen juntos por el bien común del país. No te olvides del querido pueblo de Túnez, en particular de los jóvenes y de aquellos que sufren a causa de los problemas sociales y económicos, para que no pierdan la esperanza y colaboren en la construcción de un futuro de paz y fraternidad. Dirige tu mirada sobre Haití, que está sufriendo desde hace varios años una grave crisis sociopolítica y humanitaria, y sostiene el esfuerzo de los actores políticos y de la comunidad internacional en la búsqueda de una solución definitiva a los numerosos problemas que afligen a esa población tan atribulada. Consolida los procesos de paz y reconciliación emprendidos en Etiopía y en Sudán del Sur, y haz que cese la violencia en la República Democrática del Congo. Sostiene, Señor, a las comunidades cristianas que hoy celebran la Pascua en circunstancias particulares, como en Nicaragua y en Eritrea, y acuédate de todos aquellos a quienes se les impide profesar libre

y públicamente su fe. Concede consuelo a las víctimas del terrorismo internacional, especialmente en Burkina Faso, Malí, Mozambique y Nigeria. Ayuda a Myanmar a recorrer caminos de paz e ilumina los corazones de los responsables para que los martirizados Rohinyá encuentren justicia. Conforta a los refugiados, a los deportados, a los prisioneros políticos y a los migrantes, especialmente a los más vulnerables, así como a todos aquellos que sufren a causa del hambre, la pobreza y los nefastos efectos del narcotráfico, la trata de personas y toda forma de esclavitud. Inspira, Señor, a los responsables de las naciones, para que ningún hombre o mujer sea discriminado y pisoteado en su dignidad; para que en el pleno respeto de los derechos humanos y de la democracia se sanen esas heridas sociales, se busque siempre y solamente el bien común de los ciudadanos, se garantice la seguridad y las condiciones necesarias para el diálogo y la convivencia pacífica. Hermanos, hermanas, encontremos también nosotros el gusto del camino, aceleremos el latido de la esperanza, saboreemos la belleza del cielo. Obtengamos hoy la fuerza para perseverar en el bien, hacia el encuentro del Bien que no defrauda. Y si, como escribió un Padre antiguo, «el mayor pecado es no creer en la fuerza de la Resurrección» (San Isaac de Nínive, Sermones ascéticos, 1,5), hoy creemos y «sabemos que Cristo verdaderamente resucitó» (*Secuencia de Pascua*). Creemos en Ti, Señor Jesús, creemos que contigo la esperanza renace y el camino sigue. Tú, Señor de la vida, alientanos en nuestro caminar y repítenos, como a los discípulos la tarde de Pascua: «¡La paz esté con ustedes!» (*Jn* 20,19,21).



El Regina caeli del Lunes de Pascua

«Perseveremos invocando el don de la paz»

El pensamiento del Papa por Irlanda y la martirizada Ucrania

Con el pensamiento dirigido a la martirizada Ucrania y al pueblo de Irlanda en el 25º aniversario del llamado "Acuerdo del Viernes Santo o de Belfast", el Papa rezó a medio día del 10 de abril el Regina caeli en el Lunes de Pascua. Asomado desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de recitar la antifona mariana, el Pontífice había comentado el Evangelio del día, centrado en el encuentro de las mujeres con el Resucitado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy el Evangelio nos hace revivir el encuentro de las mujeres con Jesús resucitado en la mañana de Pascua. Nos recuerda así que fueron ellas, las discípulas, las primeras en verlo y encontrarlo.

Podríamos preguntarnos: ¿por qué ellas? Por una razón muy sencilla: porque fueron las primeras en ir al sepulcro. Como todos los discípulos, también ellas sufrían por el modo en que parecía haber terminado la historia de Jesús; pero, a diferencia de los demás, no se quedaron en casa paralizadas por la tristeza y el miedo: por la mañana temprano, al salir el sol, fueron a honrar el cuerpo de Jesús llevando ungüentos aromáticos. El sepulcro había sido sellado y se preguntan quién nos podría quitar esa piedra (cf. Mc 16,1-3), tan pesada. Pero su voluntad de realizar aquel gesto de amor prevalece por encima de todo. No se desaniman, salen de sus miedos y de sus angustias. Este es el camino para encontrar al Resucitado: salir de nuestros temores, salir de nuestras angustias.

Recorramos la escena descrita en el Evangelio: las mujeres llegan, ven el sepulcro vacío y, «con miedo y gran gozo», corren —dice el texto— «a dar el anuncio a sus discípulos» (Mt 28,8). Ahora bien, justo cuando van a hacer este anuncio, Jesús sale a su encuentro. Fijémonos bien en esto: Jesús sale a su encuentro cuando van a

anunciarlo. Esto es hermoso: Jesús las encuentra mientras van a anunciarlo. Cuando anunciamos al Señor, el Señor viene a nosotros. A veces pensamos que la manera de estar cerca de Dios es tenerlo estrechamente junto a nosotros; porque después, si nos exponemos y hablamos de esto, llegan los juicios, las críticas, tal vez no sabemos responder a ciertas preguntas o provocaciones, y entonces es mejor no hablar de esto y cerrarse: no, esto no es bueno. En cambio, el Señor viene cuando lo anunciamos. Tú siempre encuentras al Señor en el camino del anuncio. Anuncia al Señor y lo encontrarás. Busca al Señor y lo encontrarás. Siempre en camino, esto es lo que nos enseñan las mujeres: a Jesús se le encuentra dando testimonio de Él. Pongamos esto en el corazón: a Jesús se le encuentra dando testimonio de Él.

Pongamos un ejemplo. Nos habrá ocurrido alguna vez que recibimos una noticia maravillosa, como el nacimiento de un hijo. Entonces, una de las primeras cosas que hacemos es compartir este feliz anuncio con los amigos: «¿Sabes? He tenido un hijo... es hermoso». Y al contárselo, también nos lo repetimos a nosotros mismos y, de alguna manera, hacemos que cobre aún más vida en nosotros. Si esto ocurre con una buena noticia, de todos los días o de algunos días importantes, ocurre infinitamente más con Jesús, que no sólo es una buena noticia, ni tam-



poco la mejor noticia de la vida, no, sino que Él es la vida misma, Él es «la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Cada vez que lo proclamamos, no con propaganda o proselitismo, eso no. Anunciar es una cosa, hacer propaganda o proselitismo es otra. El cristiano anuncia. Quien tiene otros fines hace proselitismo y eso no está bien. Cada vez que lo anunciamos el Señor viene a nuestro encuentro.

El viene con respeto y amor, como el don más hermoso para compartir. Jesús habita más en nosotros cada vez que lo anunciamos. Pensemos una vez más en las mujeres del Evangelio: estaba la piedra sellada y, sin embargo, ellas van al sepulcro; toda la ciudad había visto a Jesús en la cruz y, no obstante eso, ellas van a la ciudad a anunciarlo vivo. Queridos herma-

nos y hermanas, cuando se encuentra a Jesús, ningún obstáculo puede impedirnos anunciarlo.

En cambio, si nos guardamos solo para nosotros su alegría, tal vez sea porque todavía no lo hemos encontrado de verdad. Hermanos, hermanas, ante la experiencia de las mujeres nos preguntamos: Dime, ¿Cuándo fue la última vez que diste testimonio de Jesús? ¿Cuándo fue la última vez que yo di testimonio de Jesús? ¿Qué hago hoy para que las personas con las que me encuentro reciban la alegría de su anuncio?

Y aún más: ¿alguien puede decir "esta persona es serena, es feliz, es buena porque ha encontrado a Jesús"? ¿Se puede decir esto de cada uno de nosotros? Pidamos a la Virgen que nos ayude a ser alegres anunciadores del Evangelio.

Después del Regina caeli, el Papa recordó el Acuerdo de Belfast, saludó a los presentes y expresó reconocimiento a los que le han enviado felicitaciones y asegurando oraciones; finalmente renovó el llamamiento por la paz en Ucrania.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se cumplen veinticinco años del llamado "Acuerdo de Viernes Santo o de Belfast", que puso fin a la violencia que había perturbado a Irlanda del Norte durante décadas. Con espíritu de gratitud, ruego al Dios de la paz que lo conseguido en aquel histórico paso se consolide en beneficio de todos los hombres y mujeres de la isla de Irlanda. Renuevo mis deseos de una feliz Pascua a todos ustedes, romanos y peregrinos de diversos países: "Cristo ha resucitado; verdaderamente ha re-

sucitado". Los saludo cordialmente, especialmente a los adolescentes de las parroquias de Vigevano, a los chicos de Pisa y a los de Appiano Gentile. Doy las gracias a todos los que, en estos días, me han enviado expresiones de buenos deseos. Agradezco especialmente las oraciones. ¡Que por intercesión de la Virgen María, Dios recompense a cada uno con sus dones!

Y deseo a todos que pasen estos días de la Octava de Pascua, en los que se prolonga la celebración de la Resurrección de Cristo, en la alegría de la fe. Perseveremos invocando el don de la paz para el mundo entero, especialmente para la querida y martirizada Ucrania.

¡Feliz lunes del Ángel! Por favor, no se olviden de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

Armonizar la disciplina salvaguardando las peculiaridades

Con la carta apostólica en forma motu proprio *Vocare peccatores*, firmada el pasado 20 de marzo, solemnidad de san José, y publicada el 5 de abril, el Papa reforma el Derecho penal de las Iglesias orientales armonizando la disciplina oriental con la latina, sin embargo salvaguardando las peculiaridades del derecho oriental. La nueva ley entrará en vigor el próximo 29 de junio.

En 2021, con la constitución apostólica *Pascite gregem Dei*, Francisco había modificado el Libro VI del Código de Derecho canónico sobre las sanciones penales en la Iglesia. Se trataba de un trabajo de revisión iniciado con Benedicto XVI. «Para responder adecuadamente a las exigencias de la Iglesia en todo el mundo — explicaba Francisco — resultaba evidente la necesidad de revisar también la disciplina penal promulgada por san Juan Pablo II, el 25 de enero de 1983, con el Código de Derecho Canónico. Era necesario modificarla de modo que permitiera su empleo a los Pastores como ágil instrumento saludable y correctivo, y que pudiese ser usado a tiempo y con *caritas pastoralis*, a fin de prevenir males mayores y de sanar las heridas causadas por la debilidad humana». El nuevo Libro VI del Código latino había entrado en vigor el 8 de diciembre de 2021. El Papa afirmaba que se trata de una «concreta e irrenunciable exigencia de caridad ante la

Iglesia, ante la comunidad cristiana y las eventuales víctimas, y también en relación con quien ha cometido un delito, que tiene necesidad, al mismo tiempo, de la misericordia y de la corrección de la Iglesia. Muchos han sido los daños que ocasionó en el pasado la falta de comprensión de la relación íntima que existe en la Iglesia entre el ejercicio de la caridad y la actuación de la disciplina sancionatoria, siempre que las circunstancias y la justicia lo requieran».

En la Iglesia — explica el Papa en el actual motu proprio — los fines de la sanción son el restablecimiento de la justicia, la corrección del reo y la reparación de la ofensa y del daño. Los pastores, por tanto, manifiestan su preocupación cuando se esfuerzan en corregir el comportamiento de los fieles cristianos que se equivocan.

«Las nuevas normas — explica monseñor Juan Ignacio Arrieta, secretario del Dicasterio para los textos legislativos— determinan más claramente cuándo debe intervenir la autoridad eclesial en el caso de los delitos. Son más precisas y también las penas que deben ser impuesto son más claras, mejor determinadas. Además, también se ha armonizado la disciplina oriental con la latina en muchos aspectos, como por ejemplo el abuso de los menores y la tutela de los sacramentos.

Extendido el plazo para apelar de miembros dimitidos de institutos de vida consagrada

En una etapa que a menudo no está exenta de momentos de sufrimiento para un miembro de un instituto de vida consagrada como cuando este es dimitido, el Papa Francisco decidió, con un motu proprio, alargar el tiempo en el que es posible presentar una apelación ante la autoridad competente. De diez días (quince en el caso de las Iglesias orientales) ahora pasa a treinta días, sin necesidad de solicitar por escrito la revocación o la rectificación del decreto a su autor.

Con este documento, firmado el 2 de abril y publicado el lunes 3, el Obispo de Roma modifica el canon 700 del Código de Derecho Canónico, así como el canon 501 del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales.

El Derecho Canónico establece que el decreto de destitución dictado contra el miembro de un instituto de vida consagrada, para ser válido, debe indicar el derecho del religioso destituido a recurrir ante la autoridad competente en el plazo de diez días desde la recepción de la notificación. Según el Cód-

igo de las Iglesias Orientales, en cambio, el profeso puede recurrir en el plazo de quince días con efecto suspensivo o aplazar que el caso se tramite ante los tribunales.

Para el Papa, estos tiempos cronológicos "no se puede decir que sean congruentes con la protección de los derechos de la persona". En cambio, dice Francisco en el texto, "una modalidad menos restrictiva de los plazos para la transmisión del recurso permitiría a la persona afectada poder valorar mejor las acusaciones que se le imputan, así como poder utilizar modos de comunicación más adecuados". De ahí deriva la decisión de prolongar el plazo a treinta días.

El Sucesor de Pedro justifica su decisión citando el sexto principio general que el Sínodo de los Obispos, en octubre de 1967, aprobó para la revisión del Código de Derecho Canónico: "Es oportuno que los derechos de las personas sean adecuadamente definidos y garantizados". Este principio, dice el Papa, "sigue siendo válido hoy, reconociendo a la tutela y protección de los derechos subjetivos un

lugar privilegiado en el ordenamiento jurídico de la Iglesia". Y "adquiere relevancia sobre todo en los acontecimientos más delicados de la vida eclesial, como son los procedimientos relativos al estatuto jurídico de las personas".

El Papa, además, subraya "el peligro" de que el procedimiento previsto por los cánones 697-699 del Derecho Canónico y 497-499 del Código de las Iglesias Orientales "no sea siempre correctamente respetado". Este procedimiento prevé, entre otras cosas, la amonestación del religioso por escrito o ante dos testigos, con la imposición explícita de la destitución en caso de falta de arrepentimiento, notificándole claramente la causa de la destitución y concediéndole plena facultad para defenderse. Si no se respeta el procedimiento adecuado, subraya el Pontífice, se "pondría en peligro la validez del procedimiento mismo y, en consecuencia, la protección de los derechos del profeso despedido".

Las nuevas disposiciones del Papa estarán en vigor a partir del 7 de mayo de 2023.

Hace 60 años Juan XXIII firmó la «Pacem in terris»

El Papa Roncalli promulgó el texto del histórico documento el Jueves Santo de 1963 «En plena resonancia con mi espíritu»

MARCO RONCALLI

«Luego consagré todas las Vísperas, unas tres horas leyendo la encíclica de Pascua en preparación, que me dio monseñor Pavan: "La paz entre los hombres en el orden establecido por Dios, es decir: en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad". Manuscrito de 111 páginas mecanografiadas. Lo leo todo, solo, con calma y muy minuciosamente: y me parece un trabajo muy bien pensado y bien hecho. La última parte entonces: "Llamadas pastorales" en plena resonancia con mi espíritu. Empiezo a rezar por la eficacia de este documento, que espero salga en Pascua y sea fuente de gran edificación». Así Juan XXIII -ya gravemente enfermo- escribía el 7 de enero de 1963, confiando en el diario un deseo cumplido solo en parte. Sí, porque si le encíclica después titulada «Pacem in terris» y dirigida por primera vez también «a todos los hombres de buena voluntad», fue promulgada en los tiempos descaídos, el sucesivo 11 de abril, jueves santo -e incluso firmada dos días antes delante de las cámaras- sesenta años después debe todavía ser implementada en sus firmes indicaciones. Esas perfilan el diseño de un nuevo orden mundial fundado en los «valores de verdad, justicia, solidaridad y libertad», y de una paz «suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia», imaginada no sólo como ausencia de guerra, sino como meta de un proceso educativo, espiritual, político, económico. De hecho, no solo se siguen haciendo guerras, y no cesan las violaciones de derechos fun-



damentales y de la dignidad humana, término recurrente más de treinta veces en la encíclica. No solo sin ignorados los llamamientos a difundir una cultura de la no violencia que sin embargo -recuerda el Papa Francisco- "practicada con decisión y coherencia ha producido resultados impresionantes", sino que se revelan papel de desecho también acuerdos y pactos firmados formalmente por no pocos gobiernos. En resumen: una encíclica viva e inconclusa. Quedando en efecto desatendido ese compromiso permanente por la paz y por ese bien común que «constituye la misma razón de ser de los poderes públicos», recomendado en lo que es el don último de un gran sembrador de paz, con tantas experiencias vividas entre Oriente y Occidente, también como testigo de las dos guerras mundiales del siglo XX.

«Pacem in Terris» había brotado durante la crisis de los misiles de Cuba, cuando el octubre de 1962 vio a Papa Roncalli -en los días en los que se abría el Concilio- protagonista de un llamamiento para la paz acogido por Kennedy y Jrushchov, en un mundo al borde de una guerra nuclear. Quien imaginó un texto para

dar forma a ese compromiso, desde noviembre del '62, fue Pietro Pavan, un sacerdote experto en doctrina social de la Iglesia que tuvo un papel tan importante en la redacción del borrador que circuló desde el enero sucesivo entre los expertos, y que se quedó casi invariable en su fuerza profética si no en algunos puntos entonces eliminados (por ejemplo en la objeción de conciencia), pero restablecidos poco después por la fuerza de algunos profetas y del compromiso de pequeñas comunidades. En cualquier caso, el punto principal de la encíclica en el que se considera irracional («*alienum a ratione*») -después del advenimiento del nuclear- la misma idea de resolver las controversias con el recurso a las armas. No sin indicar perspectivas que conciernen a la construcción de la paz, y de un «desarme integral» que invierte «también los espíritus». Y si durante mucho tiempo la Iglesia había enseñado que la guerra se admitía como legítima defensa, he aquí la «Pacem in Terris» afirmando que el desequilibrio entre los medios a disposición (armas atómicas) y finalidad (restablecer los derechos violados) hace imposible continuar por esta línea. En resumen: sin mencionar su nombre, basta de «guerra justa». Y -esto dicho con palabras adheridas al Evangelio, confiando en caminos atentos a la promoción de los derechos humanos, al abrigo de los choques de las ideologías responsables de la cultura del descarte con las más di-

versas formas de explotación y marginación.

Pero no es todo. Porque «Pacem in Terris» es también la encíclica que invita a «distinguir siempre entre el error y el hombre que lo profesa»; a reconocer «que si los católicos, por motivos puramente externos, establecen relaciones con quienes o no creen en Cristo o creen en Él de forma equivocada, porque viven en el error, pueden ofrecerles una ocasión o un estímulo para alcanzarla verdad». Y que declara que «es también completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre y las corrientes de carácter económico y social, cultural o político». Incluso si tienen su origen o se inspiran en ellos destinados a permanecer siempre iguales, los movimientos -continúa la encíclica que reconcilia Iglesia y democracia, doctrina social y derechos humanos- «se hallan sujetos por fuerza a una continua mudanza». El hilo conductor que recorre todo el texto es, visto más de cerca, la invitación a tomar nota de los «signos de los tiempos», los modos en que la historia mueve las páginas del Evangelio. Escrutarlos, interrogarse sobre su significado, no es responsabilidad sólo del Papa, sino de toda mujer o hombre de buena voluntad llamado a dar su contribución para poner fin a las matanzas actuales y, de ahora en adelante, también para mantener siempre abiertos esos canales donde -entre el realismo y la utopía- encuentra espacio la esperanza. Y donde querer la paz no puede ser sólo no querer la guerra.

Encíclica actual e ignorada

ANDREA TORNIELLI

«Crece entre los seres humanos la convicción de que las controversias entre los pueblos no pueden resolverse recurriendo a las armas, sino mediante la negociación». Hace sesenta años, el santo Papa Juan XXIII, ya a las puertas de la muerte, entregó al mundo su encíclica sobre la paz, que formaba parte de los primeros pasos hacia el desarme y la distensión. La doctrina de la «guerra justa» llegaba a su fin y, con gran realismo, el Pontífice bergamasco advertía de los riesgos de nuevos y poderosos armamentos nucleares. Sesenta años después, ese texto sigue siendo aún actual y, por desgracia, ignorado. La persuasión sobre los efectos devastadores de una posible guerra atómica no parece hoy tan presente como en aquel abril de 1963: el mundo está desgarrado por decenas de conflictos olvidados, y una terrible guerra, que comenzó con la agresión de Rusia a Ucrania, está en curso en el corazón de la Europa cristiana. La cultura de la no violencia lucha por hacerse un espacio, mientras que incluso las palabras «tratativas» y «negociar» parecen blasfemias para muchos. Incluso el fortalecimiento de una autoridad política mundial capaz de fomentar la resolución pacífica de las disputas internacionales ha dado paso al escepticismo. La diplomacia parece apagada, la guerra y la loca carrera a los armamentos se consideran inevitables. Y, sin embargo, a pesar de este sombrío panorama, los principios enumerados por el Papa Roncalli en «Pacem in terris» no sólo siguen interpelando a las conciencias, sino que son puestos en práctica a diario por quienes no se rinden ante la inevitabilidad del odio, la violencia, la prevaricación y la guerra. Lo atestiguan los «artesanos de la paz» que hoy llevan a cabo sus misiones en Ucrania y en tantas otras partes del mundo, a menudo poniendo en peligro sus vidas. Lo testimonian todos aquellos que se toman en serio las palabras que el Papa Francisco pronunció en la nunciatura de Kinshasa al encontrarse con las víctimas de una violencia indecible: «Para decir verdaderamente 'no' a la violencia no basta con evitar los actos violentos; es necesario arrancar de raíz la violencia: pienso en la codicia, en la envidia y, sobre todo, en el rencor». Hay que tener «el valor de desarmar el corazón».

Entrevista con el arzobispo Gabriele Giordano Caccia, Observador permanente de la Santa Sede ante la onu, sobre la actualidad de la «Pacem in terris»

Estrella polar para un camino de paz

ALESSANDRO GISOTTI

Sesenta años después de su publicación, la *Pacem in terris* sigue siendo una estrella polar que señala el camino a quienes, especialmente en el ámbito de la diplomacia, se comprometen a promover el diálogo entre los pueblos y a construir la paz entre las naciones. El arzobispo Gabriele Giordano Caccia, Observador Permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas en Nueva York, está convencido de ello. En una entrevista concedida a *L'Osservatore Romano*, el Prelado subraya la actualidad de la encíclica de San Juan XXIII y reitera el apoyo del Vaticano a las organizaciones internacionales y al multilateralismo en una época marcada por guerras y enfrentamientos como nunca se habían vivido desde la Crisis de Cuba.

Usted lleva muchos años al servicio de la Santa Sede. ¿En qué medida ha influido la *Pacem in terris* en la visión y el compromiso de la diplomacia vaticana por la paz en los últimos 60 años y en qué puntos en particular?

La encíclica fue escrita después de la primera gran crisis internacional de contenido nuclear y relativo riesgo real de destrucción planetaria, la llamada crisis de los "misiles de Cuba", y permitió, por utilizar una imagen meteorológica, volver a mirar al cielo despejado de las nubes que se habían acumulado, redescubrir

la estrella polar, que indica la dirección del camino, más que los caminos concretos que hay que recorrer. El texto, como indica claramente el título, trata el tema de la paz y, por tanto, se extiende al conjunto de las relaciones, tanto a nivel interpersonal, con derechos y deberes, como en la relación entre el individuo y la autoridad pública, y entre los Estados entre sí. Además, la encíclica se sitúa significativamente en el contexto más amplio de una época particularmente viva para la reflexión de la Iglesia sobre su relación con el mundo, la del Concilio Vaticano II, que acababa de comenzar. Muchas son, pues, las pistas y los temas presentes, que más tarde serán retomados en contextos más amplios y diversificados. Sin embargo, quisiera hacer hincapié en la cuestión del desarme.

¿Podría detenerse en este punto clave de la *Pacem in terris*?

Hay una clara admonición a superar la lógica de construir relaciones basadas en el miedo al otro y, por tanto, en un equilibrio de terror, en lugar de en la confianza mutua, aunque con la necesidad de herramientas de verificación que garanticen su sinceridad. Podríamos decir, utilizando una simplificación, que hay como una invitación a

pasar de la lógica de la confrontación a la del encuentro, de la oposición a la colaboración y de la rivalidad a la fraternidad, es decir, a promover el "desarme integral". En este contexto, el Santo Padre advirtió a continuación contra la alarmante carrera de armamentos, especialmente los cada vez más mortíferos que pueden golpear indiscriminadamente a poblaciones enteras y destruir al mismo tiempo la vida misma del planeta, con un derroche de "energías espirituales y recursos económicos" que deberían emplearse mejor en la promoción de la vida y del medio ambiente. Este llamamiento, repetido una y otra vez también por los sucesivos pontífices, por desgracia sigue siendo actual en un contexto en el que algunos pasos importantes dados en el pasado para la reducción de las armas nucleares, corren el riesgo de no encontrar vías adecuadas para renovar y llevar a buen término lo que sigue siendo un objetivo claro expresado con palabras inequívocas en la encíclica: "Las armas nucleares deben ser prohibidas".

En su discurso en el Palacio de Cristal -en la primera visita histórica de un Papa a las Naciones Unidas- Pablo VI mencionó la *Pacem in terris* que, subrayó, "también ha tenido tan honrosa y

significativa resonancia en sus esferas". ¿Hasta qué punto se tiene en cuenta hoy la encíclica de Juan XXIII en la ONU?

Históricamente, la *Pacem in terris* es la primera encíclica en la que se hace mención a la Organización de las Naciones Unidas, constituida el 26 de junio de 1945, a la que dedica del número 142 al 145, con una referencia también a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada el 10 de diciembre de 1948 y de la que este año se cumple el 75 aniversario. Fue entonces también objeto de gran atención y estudio, con iniciativas al más alto nivel, en el Palacio de Cristal, precisamente porque marcaba, aunque con los matices y precisiones necesarios, un importante reconocimiento para esta Organización, necesaria para responder, como diríamos hoy, a problemas globales (conflictos, pandemias, cambio climático...) con respuestas globales, siempre en busca del bien común universal en el respeto de los derechos de la persona. Es interesante constatar cómo va creciendo después de la encíclica: de hecho, al año siguiente, 1964, la Santa Sede se convirtió en Observador Permanente de la Organización con el nombramiento de Monseñor Alberto Giovannetti, mientras que, al año siguiente, el 4 de octubre de

1965, Pablo VI fue el primer Pontífice en dirigirse a la Asamblea General desde el estrado.

Para responder a la pregunta, diría que quizá no muchos de la nueva generación de diplomáticos conozcan el texto y el contexto de la encíclica, aunque se estén llevando a cabo diversas iniciativas para conmemorar su 60º aniversario, pero el espíritu de ese documento sigue vivo en las actividades cotidianas de esta Misión, que se inspira en él, y en el camino que la Iglesia ha emprendido y sigue emprendiendo siguiendo su estrella, como ya se ha mencionado.

En la *Pacem in terris*, el Papa Roncalli dedica un amplio espacio a las Naciones Unidas y desea que la Organización de las Naciones Unidas "en sus estructuras y medios, se adapte cada vez más a la vastedad y nobleza de sus tareas". ¿Cómo puede la Santa Sede ayudar a la ONU a realizar este deseo de Juan XXIII en una fase histórica en la que se habla cada vez más de crisis del multilateralismo?

Creo que la mejor respuesta a esta pregunta es la última encíclica del Santo Padre Francisco, *Fratelli tutti*, que vuelve a poner en el centro una actitud básica que hay que redescubrir y hacer propia para crecer en un contexto de respeto y apertura que son premisas para una verdadera co-

laboración entre las personas, los pueblos y las naciones. Sobre esta base, se pueden buscar y encontrar juntos vías eficaces de reforma, algunas de las cuales ya están en marcha incluso entre los miembros de la Organización, como el replanteamiento y la ampliación del Consejo de Seguridad, la cuestión del veto, el papel más incisivo de la Asamblea General, la participación de la sociedad civil, del mundo de la cultura y del sector privado de forma adecuada. Pero todo esto sólo puede encontrar una realización concreta si caminamos con el espíritu adecuado, el espíritu fundado en los pilares que constituyen los cimientos de la propia organización, como bien se expresa en el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, a saber, "preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra; reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas; crear las condiciones en que puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional; promo-

La reflexión del Papa Francisco en la vigilia del Triduo pascual

Del árbol de la cruz brota la verdadera esperanza

«Miremos al árbol de la cruz para que brote en nosotros la esperanza: esa virtud cotidiana... silenciosa, humilde, pero esa virtud que nos mantiene en pie, que nos ayuda a ir adelante», porque «sin esperanza no se puede vivir». Es lo que sugirió el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 5 de abril, en la vigilia del Triduo pascual, ofreciendo a los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a cuantos le seguían a través de los medios de comunicación una catequesis sobre el tema: «El Crucificado, fuente de esperanza».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El pasado domingo la Liturgia nos hizo escuchar la Pasión del Señor. Termina con estas palabras: «Sellando la piedra» (Mt 27,66): todo parece terminado. Para los discípulos de Jesús esa roca marca el término de la esperanza. El Maestro ha sido crucificado, asesinado de la forma más cruel y humillante, colgado en un patíbulo infame fuera de la ciudad: un fracaso público, el peor final posible —en esa época era el peor—. Pues bien, ese desánimo que oprimía a los discípulos no es del todo extraño a nosotros hoy. También en nosotros se condensan pensamientos profundos y sentimientos de frustración: ¿por qué tanta indiferencia hacia Dios? Es curioso, esto: ¿por qué hay tanta indiferencia hacia Dios? ¿Por qué tanto mal en el mundo? ¡Mira que hay mal en el mundo! ¿Por qué las desigualdades siguen creciendo y la anhelada paz no llega? ¿Por qué estamos tan apegados a la guerra, al hacerse mal el uno al otro? ¡Y en los corazones de cada uno, cuántas expectativas desvanecidas, cuántas desilusiones! Y también, esa sensación de que los tiempos pasados fueron mejores y que, en el mundo, quizá también en la Iglesia, las cosas no van como antes... En resumen, también hoy la esperanza parece a veces sellada bajo la piedra de la desconfianza. E invito a cada uno de vosotros a pensar en esto: ¿dónde está tu esperanza? Tú, ¿tienes una esperanza viva o la has sellado ahí, o la tienes en el cajón como un recuerdo? Pero ¿tú esperanzas te empuja a caminar o es un recuerdo romántico como si fuera algo que no existe? ¿Dónde está tu esperanza, hoy? En la mente de los discípulos permanece fija una imagen: la cruz. Y ahí ha terminado todo. Ahí se concentraba el final de todo. Pero poco después descubrirían precisamente en la cruz un nuevo inicio. Queridos hermanos y hermanas, la esperanza de Dios brota así, nace y renace en los agujeros negros de nuestras expectativas decepcionadas; y esta, la esperanza verdadera, sin embargo, no decepciona nunca. Pensemos precisamente en la cruz: del terrible instrumento de tortura Dios ha realizado el mayor signo del amor. Ese madero de muerte, convertido en árbol de vida, nos recuerda que los inicios de Dios empiezan a menudo en nuestros finales. Así Él ama obrar maravillas. Hoy, por tanto, miremos al árbol de la cruz para que brote en nosotros la esperanza: esa virtud cotidiana, esa virtud silenciosa, humilde, pero esa virtud que nos mantiene en pie, que nos ayuda a ir adelante. Sin esperanza no se puede vivir. Pensemos: ¿dónde está mi esperanza? Hoy, miremos al árbol de la cruz para que brote en nosotros la esperanza: para ser sanados de la tristeza

—pero, cuánta gente triste—... A mí, cuando podía ir por las calles, ahora no puedo porque no me dejan, pero cuando podía ir por las calles en la otra diócesis, me gustaba ver la mirada de la gente, ¡Cuántas miradas tristes! Gente triste, gente que hablaba consigo misma, gente que caminaba solamente con el teléfono, pero sin paz, sin esperanza. ¿Dónde está tu esperanza hoy? Hace falta un poco de esperanza para ser sanados de la tristeza de la que estamos enfermos, para ser sanados de la amargura con la que contaminamos a la Iglesia y al mundo. Hermanos y hermanas, miramos el Crucifijo. ¿Y qué vemos? Vemos a Jesús desnudo, Jesús despojado, Jesús herido, Jesús atormentado. ¿Es el final de todo? Ahí está nuestra esperanza. Comprendamos entonces que en estos dos aspectos renace la esperanza que parece morir. En primer lugar, vemos a Jesús despojado: de hecho, «una vez que lo crucificaron, se repartieron sus vestidos, echando a suertes» (v. 35). Dios despojado: Él que tiene todo se deja privar de todo. Pero esa humillación es el camino de la redención. Dios vence así sobre nuestras apariencias. A nosotros, de hecho, nos cuesta ponernos al desnudo, decir la verdad: siempre tratamos de cubrir la verdad porque no nos gusta; nos revestimos de exterioridad que buscamos y cuidamos, con máscaras para camuflarnos y mostrarnos mejor de lo que somos. Es un poco como la costumbre del maquillaje: maquillaje interior, parecer mejor que lo importante es ostentar, aparentar, para que los otros hablen bien de nosotros. Y nos adornamos de apariencias, nos adornamos de apariencias, de cosas superfluas; pero así no encontramos paz. Luego el maquillaje se va y tú te miras al espejo con la cara fea que tienes, pero verdadera, la que Dios ama, no esa «maquillada». Y Jesús despojado de todo nos recuerda que la esperanza renace diciendo la verdad sobre nosotros —decir la verdad a uno mismo—, dejando caer las dobleces, liberándonos de la pacífica convivencia con nuestras falsedades. A veces, estamos tan acostumbrados a decirnos falsedades que convivimos con las falsedades como si fueran la verdad y terminamos por envenenarnos con nuestras falsedades. Lo que hace falta es volver al corazón, a lo esencial, a una vida sencilla, despojada de tantas cosas inútiles, que son sucedáneos de esperanza. Hoy, cuando todo es complejo y se corre el riesgo de perder el hilo, necesitamos sencillez, redescubrir el valor de la sobriedad, el valor de la renuncia, de limpiar lo que contamina el corazón y entristece. Cada uno de nosotros puede pensar en algo inútil de lo que puede liberarse para reencontrarse. Piensa tú, cuán-



tas cosas inútiles. Aquí, hace quince días, en Santa Marta, donde yo vivo —que es un hotel para mucha gente— se corrió la voz de que para esta Semana Santa sería bonito mirar el armario y despojar, quitar cosas que tenemos, que no usamos... ¡no imagináis la cantidad de cosas! Es bonito despojarse de las cosas inútiles. Y esto fue para los pobres, a la gente que tiene necesidad. También nosotros, tenemos muchas cosas inútiles dentro del corazón y fuera del corazón. Mirad vuestro armario: miradlo. Esto es útil, esto es inútil... y haced limpieza. Mirad el armario del alma: cuántas cosas inútiles tienes, cuántas ilusiones estúpidas. Volvamos a la sencillez, a las cosas verdaderas, que no necesitan maquillarse. ¡Este es un bonito ejercicio! Dirigimos una segunda mirada al Crucifijo y vemos a Jesús herido. La cruz muestra los clavos que le atraviesan las manos y los pies, el costado abierto. Pero a las heridas del cuerpo se añaden las del alma: ¡cuánta angustia! Jesús está solo: traicionado, entregado y renegado por los suyos, sus amigos, también sus discípulos, condenado por el poder religioso y civil, excomulgado, Jesús siente incluso el abandono de Dios (cfr. v. 46). Sobre la cruz aparece además el motivo de la condena, «Este es Jesús: el Rey de los judíos» (v. 37). Es una burla: Él, que había huido cuando trataban de hacerle rey (cfr. Jn 6,15), es condenado por haberse hecho rey; incluso no habiendo cometido crímenes, es colocado entre dos criminales y se prefiere al violento Barrabás (cfr.

Mt 27,15-21). Jesús, en fin, está herido en el cuerpo y en el alma. Me pregunto: ¿de qué forma ayuda esto a nuestra esperanza? Así, Jesús desnudo, privado de todo, de todo; ¿qué dice esto a mi esperanza?, ¿cómo me ayuda? También nosotros estamos heridos: ¿quién no lo está en la vida? Y muchas veces, con heridas escondidas que escondemos por la vergüenza. ¿Quién no lleva las cicatrices de decisiones pasadas, de incomprendiones, de dolores que permanecen dentro y es difícil superar? ¿Pero también de daños sufridos, de palabras cortantes, de juicios ineluctables? Dios no esconde a nuestros ojos las heridas que le han traspasado el cuerpo y el alma. Las muestra para hacernos ver que en Pascua se puede abrir un pasaje nuevo: hacer de las propias heridas focos de luz. «Pero Santidad, no exagere», alguien puede decirme. No, es verdad: prueba; prueba. Intenta hacerlo. Piensa en tus heridas, esas que tú solo sabes, que cada uno tiene escondidas en el corazón. Y mira al Señor. Y verás, verás cómo de esas heridas salen focos de luz. Jesús en la cruz no recrimina, ama. Ama y perdona a quien lo hiere (cfr. Lc 23,34). Así convierte el mal en bien, así convierte el dolor en amor. Hermanos y hermanas, el punto no es estar heridos poco o mucho por la vida, el punto es qué hacer con mis heridas. Las pequeñas, las grandes, las que dejarán una marca en mi cuerpo, en mi alma para siempre. ¿Qué hago yo con mis heridas?

¿Qué haces tú y tú con tus heridas? «No, Padre, yo no tengo heridas» — «Estate atento, piensa dos veces antes de decir eso». Y te pregunto: ¿qué haces con tus heridas, las que sólo tú sabes? Tú puedes dejar que se infecten de rencor, tristeza o puedes unir las con las de Jesús, para que también mis llagas se vuelvan luminosas. Pensad en cuántos jóvenes no toleran las propias heridas y buscan en el suicidio una vía de salvación: hoy, en nuestras ciudades, muchos, muchos jóvenes que no ven una salida, que no tienen esperanza y prefieren ir más allá con la droga, con el olvido... pobrecitos. Pensad en ellos. Y tú, ¿cuál es tu droga para cubrir las heridas? Nuestras heridas pueden convertirse en fuentes de esperanza cuando, en lugar de compadecernos de nosotros mismos o esconderlas, enjugamos las lágrimas de los demás; cuando, en vez de guardar rencor por lo que nos quitan, nos preocupamos de lo que les falta a los demás; cuando, en lugar de hurgar en nosotros mismos, nos inclinamos hacia los que sufren; cuando, en vez de tener sed de amor por nosotros, saciamos a los que nos necesitan. Porque sólo si dejamos de pensar en nosotros mismos, nos encontramos. Pero si seguimos pensando en nosotros mismos ya no nos encontraremos. Y haciendo esto —dice la Escritura— nuestra herida cicatriza rápidamente (cfr. Is 58, 8), y la esperanza florece de nuevo. Pensad: ¿qué puedo hacer por los otros? Estoy herido, estoy herido de pecado, estoy herido de historia, cada uno tiene la propia he-

rida. ¿Qué hago? Estoy herido de pecado, estoy herido de historia, cada uno tiene la propia herida. ¿Qué hago: lamo mis heridas así, toda la vida? ¿O miro las heridas de los otros y voy con la experiencia herida de mi vida, a sanar, a ayudar a los otros? Este es el desafío de hoy, para todos vosotros, para cada uno de nosotros. Que el Señor nos ayude a ir adelante.

Las víctimas de los crímenes de guerra y las madres de los soldados ucranianos y rusos que han caído durante el conflicto actual fueron recordadas por el Pontífice al finalizar la catequesis. Saludando, como es habitual, a los diferentes grupos de peregrinos presentes, el Papa también habló del Día Internacional del Deporte por la paz y el desarrollo, que se celebra el 6 de abril. La audiencia general concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, que son tantos. En particular, saludo a los jóvenes que participan en el Encuentro internacional Univ 2023. En estos días santos, acerquémonos a Jesús crucificado. Contemplándolo a Él, herido y despojado de todo, reconocamos nuestra propia verdad. Presentémosle todo lo que somos y dejemos que renueve en nosotros la esperanza de una vida nueva. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Mañana se celebra el Día Internacional del Deporte por el Desarrollo y la Paz, convocado por las Naciones Unidas. Espero que contribuya a intensificar los propósitos de solidaridad y las actitudes de amistad y fraternidad compartida. En esta Semana Santa de la pasión de Cristo, al conmemorar su muerte injusta, recuerdo de forma particular a todas las víctimas de los crímenes de guerra, y mientras invito a rezar por ellos, elevamos una súplica a Dios para que se conviertan los corazones de todos. Y mirando a María, la Virgen, delante de la Cruz, mi pensamiento va a las madres: a las madres de los soldados ucranianos y rusos que han caído en la guerra. Son madres de hijos muertos. Recemos por estas madres.

Estrella polar para un camino de paz

VIENE DE LA PÁGINA 13

ver el progreso social y la elevación del nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad". Para dar también un ejemplo concreto de este camino en el ámbito del desarme nuclear, además del Tratado de No Proliferación (TNP), está el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (tpc) y, más recientemente, la Santa Sede ha estado entre los iniciadores y firmantes de la ratificación del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares (TPNW), que entró en vigor en enero de 2021.

El Papa Francisco se ha referido muchas veces a la *Pax in terris* en estos primeros diez años de pontificado y más aún desde que comenzó la guerra en Ucrania. En su opinión, ¿cómo puede un documento como la Encíclica de Juan XXIII, el espíritu de ese documento, ayudar a los líderes políticos de nuestro tiempo a buscar caminos de paz?

La referencia más amplia y reciente a la encíclica hecha por el Papa Francisco se encuentra en su discurso del 9 de enero de 2023 al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las habituales felicitaciones de Año Nuevo. El articulado texto retoma y comenta algunas dimensiones de la encíclica a la luz de la situación actual y responde precisamente a esta cuestión, afirmando que "la paz es posible a la luz de cuatro bienes fundamentales: la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad.

Estas son las piedras angulares que rigen tanto las relaciones entre los seres humanos individuales como las que se dan entre las comunidades políticas". Es muy interesante ver cómo el Santo Padre desarrolla estos criterios en la situación actual, con indicaciones claras sobre diversas cuestiones de nuestra sociedad.

Entre los pasajes de este discurso, me gustaría señalar también un texto sobre la

amenaza nuclear, de la que en cierto modo había partido la encíclica de Juan XXIII, en el que podemos ver cuánto se ha avanzado entretanto en este sentido, expresando una condena no sólo sobre el "uso", sino incluso sobre la "posesión" de tales armas. En efecto, el Papa Francisco afirma: "No puedo dejar de reiterar aquí que la posesión de armas atómicas es inmoral, porque —como observaba Juan XXIII— si es difícil persuadirse de que haya personas capaces de asumir la responsabilidad de la destrucción y del dolor que causaría una guerra, no se excluye que un acontecimiento imprevisible e incontrolable pueda hacer saltar la chispa que ponga en marcha el aparato bélico".

Esperamos y trabajamos para que estas palabras encuentren cada vez más espacio en la conciencia de toda persona de "buena voluntad" y una aplicación concreta en los instrumentos y decisiones de que disponen los responsables de las naciones y de la comunidad internacional.

Gabón, Sr. Neloumta: intenten comprender África, como lo hace el Papa

ANTONELLA PALERMO

Gabón, en África Centro-Occidental, es uno de los seis países de la cuenca del río Congo con el 88% de su territorio cubierto por lo que se considera uno de los mayores pulmones verdes del planeta, hasta el punto de que a principios de marzo se celebró en la capital, Libreville, la cumbre *One forest*, bajo el patrocinio del presidente francés Macron, que también visitó otros cuatro Estados de África Centro-Sur. En la cumbre, a la que asistieron jefes de Estado de América Latina y el Sudeste Asiático, se demostró que la protección de los bosques y el desarrollo económico de los países de las zonas en cuestión no son opuestos. Sin embargo, a juzgar por el estado en que vive la mayoría de la población, la impresión es que es difícil mantener las cosas en su sitio. Por eso está justificado el temor de que no se escuchen las preocupaciones del Papa expresadas en su reciente Viaje Apostólico a África.

Sor Paola Neloumta, Provincial de las Hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida de Thouret, también parece convencida de ello: "La brecha entre ricos y pobres es demasiado grande", explica, señalando que en la escuela las misioneras intentan ayudar a los jóvenes ha-

ciéndoles comprender que "hay que luchar, encontrar otra solución a la pobreza, no abatirse". La hermana Paola cree que hace veinte años Gabón podía considerarse uno de los países africanos más desarrollados, "pero últimamente ha habido una crisis muy fuerte". La población se concentra en la costa, donde reside la minúscula comunidad de las hermanas. La misión aquí comenzó en 2001: el primer asentamiento fue en una laguna donde ninguna otra congregación había querido ir, y luego el traslado a Port Gentil, donde dirigen una escuela parroquial, trabajan en Cáritas y enseñan en una escuela católica.

"La retirada de los franceses debilitó el país", observa. "No se estaba preparado para el vacío, ahora hay chinos, incluso algunos españoles. Cada uno intenta coger lo que necesita para sí, sin mirar a la población local", lamenta. "Por ahora, Gabón no puede ir solo. La pobreza ha llegado de forma violenta. Para mí sería necesario un gobierno que se preocupara por el bien del pueblo, más allá de toda corrupción con el exterior", denuncia. En sus palabras, no hay tanto una forma de nostalgia como un reconocimiento de la falta de crecimiento social paralela a la desaparición de los jefes extranjeros. La hermana Paola



nos habla desde Chad, su base, "donde la situación es mucho peor debido también a la inestabilidad política". Recuerda los trágicos sucesos de octubre del año pasado, con la devastadora inundación y las manifestaciones de la transición chadiana, duramente reprimidas. Se muestra confiada: "Creemos que, a pesar de todo este mal, Dios no nos abandona". Y subraya cómo "la fuerza reside en las mujeres y en la solidaridad entre los pobres. Por ejemplo, las que perdieron sus casas en las inundaciones fueron las primeras en ir a la iglesia para hacer saber a la gente que había hospitalidad para los

desplazados". En Gabón, "la monja que va a la escuela también trabaja en la pastoral juvenil. Hay una crisis que destruye familias, saca a relucir tanta violencia", explica la Hna. Neloumta. "Hay mucho que hacer, somos pocas". De su relato, esencial pero concreto, se desprende también un fenómeno "nuevo" y muy desafiante: "tantos jóvenes se vuelven 'locos' y viven en la calle. Es chocante ver cómo la gente pierde literalmente la cabeza. Las hermanas con los laicos intentan hacer algo pero es difícil, parece una señal de que algo va mal en el país". La hermana Paola se refiere a

la presencia de las sectas, que "tienen un fuerte arraigo sobre todo entre los jóvenes, los seducen". Habla de un estado de desorientación que estaría alimentado precisamente por grupos que manipulan las conciencias con grave perjuicio para la desestabilización social. Se trata de situaciones muy delicadas a las que hay que añadir las huellas de la trata que "ha quedado como una gran herida y ha provocado también odios internos entre los que viven en la costa y los que viven en el interior". En este sentido, la religiosa explica que las personas que iban a ser esclavizadas eran

interior del país por quienes habían conseguido hacerse 'amigos' de los traficantes de seres humanos.

El recuerdo de la presencia del Papa en tierras vecinas como la República Democrática del Congo es muy vivo: "Toda África, especialmente el África subsahariana, se sintió cercana al Papa", dice la monja, "sentimos que es alguien que nos comprende. Ahora sabemos más claramente que nuestros recursos nos perjudican, es una paradoja. Cuando dijo 'Manos fuera de África', fue como si nos liberara de alguien, como si nos diera fuerzas para levantar la cabeza. Es cierto que fuimos nosotros quienes le dimos la bienvenida, pero es él quien en realidad nos la dio a nosotros. Vemos que tiene una gran preocupación por la Iglesia en África y eso nos hace mucho bien. Debemos seguir ofreciendo aquí un testimonio de Cristo, nosotros, consagrados, sacerdotes y obispos. También debemos purificarnos un poco y esto nos hace mucho bien". El llamamiento que resuena una vez más es el de "intentar conocer África, decir una palabra de consuelo", repite. "Nuestros medios de comunicación no lo cuentan todo, cuando alguien habla de nosotros vemos que no estamos solos".

#Sistersproject

Una misión que fluye por los ríos de la Amazonia peruana

FÁTIMA LAY MARTÍNEZ

Soy Fátima Lay Martínez, religiosa de las Hermanas Catequistas de Jesús Crucificado, y quiero compartirles nuestra misión en la Amazonia Peruana que comenzó en 2017.

En este rincón del mundo, que yo llamo "Regalo de Dios", las cosas no funcionan de la misma manera en que estábamos acostumbradas, lo que nos ha exigido mucha creatividad y tiempo para responder a lo que las personas necesitan, para conocerlas y amarlas. Nosotras vivimos en Iquitos, la ciudad más grande de la Amazonia Peruana, rodeada de naturaleza y de grandes ríos.

Pese a eso, aquí el agua potable está disponible solo unas cinco horas al día, la red eléctrica es inestable y el acceso a internet es lento. La gente llega desde lejanos caseríos y se instala a las orillas del río en situaciones muy precarias, trabajando en lo que se pueda y no siempre bien pagadas.

Pero nada de esto evita que sean alegres y cercanas. Me encanta mirar a los niños que juegan y se mojan descalzos en las calles de tierra.

La forma más común para moverse en la Amazonia es en transporte fluvial. Salvo una carretera que une Iqui-



tos con la ciudad de Nauta, distante a cien kilómetros, el resto de los desplazamientos se hace en lancha, ferry o con los llamados "bongueros", cuyas travesías pueden durar incluso días. De hecho, acá las distancias se miden más por tiempo que por kilometraje. Lima está a ocho días de travesía en lancha, mientras que, con ese mismo medio de transporte, solo toma un día llegar a la frontera con Brasil o Colombia.

La Amazonia Peruana es una tierra de misión que depende del Papa y, por ende,

su territorio se organiza en diversos Vicariatos Apostólicos confiados a congregaciones religiosas.

Pero el número de misioneros es bajo en relación a las enormes extensiones de la selva. Por ejemplo, en nuestro Vicariato de Iquitos solo hay 33 sacerdotes, y por eso las religiosas y animadores jugamos un rol importante.

A diferencia de los otros vicariatos de la Amazonia, aquí la mayoría de las parroquias está en la ciudad, donde hay cerca de medio millón de habitantes. Sin embargo, el trabajo de la

Iglesia también alcanza hasta las lejanas comunidades de los caseríos, que se emplazan a lo largo de los ríos y hasta donde es difícil llegar dada la complejidad de la geografía y los altos costos del transporte. Cuando baja el nivel del agua de los ríos es imposible arribar a ciertos lugares o, al menos, es necesario caminar por el barro de la selva, protegiéndose de animales e insectos.

En medio de este contexto nuestra labor es evangelizar y acompañar, sobre todo a quienes vienen desde los caseríos lejanos trayendo sue-

ños, especialmente para sus hijos. Recuerdo un primer encuentro con la realidad pastoral que ocurrió durante una reunión para el sacramento del bautismo de unos niños. Para mí fue una gran sorpresa constatar que pocos de sus padres eran bautizados. Esto me desafió y debí cambiar la catequesis que había preparado. Así, me fui dando cuenta de que esta área es una "tierra virgen" para la evangelización, pues para muchos es la primera vez que toman una Biblia en sus manos o que escuchan un pasaje de la Sagrada Escritura.

Viviendo nuestro carisma como congregación, en estos seis años hemos colaborado en diversos servicios de catequesis y formación en distintas parroquias, además de haber sido encargadas de las Obras Misionales Pontificias. Todo esto nos ha permitido ir desde la ciudad hacia las periferias, y llegar así hasta las comunidades asentadas en los sectores de los ríos. Allí también hemos tenido la ocasión de encontrarnos y servir a los crucificados de hoy.

Los miércoles llevamos la comunión a los enfermos, los acompañamos y escuchamos. Recuerdo cómo una vez, pese al asco que sentí humanamente, pude contemplar a Cristo en la Cruz al atender a una persona cu-

bierta de llagas. Entonces todo cobró sentido. Durante la pandemia de Covid me tocó sufrir junto a ellos y llorar de impotencia al ver morir a tantas personas, pues en Iquitos la primera ola resultó devastadora.

Este encuentro con tantos crucificados también nos compromete a darles voz a los sin voz.

Acá son muchas las empresas ilegales de tala de árboles y minería, se producen derrames de petróleo que contaminan los ríos y dejan a poblaciones sin agua para beber y sin poder pescar para comer.

Ante estas situaciones el amor por el pueblo no nos deja indiferentes y nos impulsa a aportar nuestro granito de arena para transformar la situación.

Esto fue lo que nos impulsó a crear la Cáritas en nuestra parroquia.

Estar en la selva es un regalo de Dios y, aunque el mundo no se dé cuenta de lo que hacemos, cada esfuerzo por caminar al lado de este pueblo, por ayudarlo a recuperar su dignidad, es ya un comienzo del Reino de Dios.

Especialmente, el hacerlo caminando junto a mis hermanas de comunidad en estas búsquedas hacia lo que Dios quiere.

#Sistersproject

Prosiguiendo las reflexiones sobre la pasión por la evangelización el Papa vuelve sobre la figura de san Pablo

No se puede anunciar sin salir y ponerse en camino

«No hay cristiano si no en camino» y «no hay anuncio sin movimiento», porque no se evangeliza «parados, encerrados en una oficina, en el escritorio o en el ordenador haciendo polémicas como "leones de teclado" y sustituyendo la creatividad del anuncio con el corta y pega de ideas», sino «moviéndose, caminando, yendo». Lo explicó el Papa en la audiencia general de la mañana del miércoles 12 de abril, en la plaza de San Pedro. Prosiguiendo las catequesis sobre el tema «La pasión por la evangelización: el celo apostólico del creyente», Francisco presentó por segunda vez como modelo a la figura del apóstol Pablo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Después de haber visto, hace dos semanas, el impulso personal de san Pablo por el Evangelio, podemos reflexionar hoy más profundamente sobre el celo evangélico, así como él mismo habla sobre ello y lo describe en algunas de sus cartas.

En virtud de su propia experiencia, Pablo no ignora el peligro de un celo distorsionado, orientado en una dirección equivocada; en este peligro había caído él mismo antes de su caída providencial en el camino de Damasco. A veces tenemos que lidiar con una preocupación mal orientada, obstinada en la observancia de normas puramente humanas y obsoletas para la comunidad cristiana. «El celo - escribe el Apóstol - que éstos muestran por vosotros no es bueno» (Gal 4,17).

No podemos ignorar la preocupación con la que algunos se dedican a ocupaciones equivocadas también en la misma comunidad cristiana; se puede presumir de un falso impulso evangélico mientras se está persiguiendo en realidad la vanagloria o las propias convicciones o un poco el amor de uno mismo.

Por esto nos preguntamos: ¿cuáles son las características del celo evangélico verdadero según Pablo? Para esto, me parece útil el texto que hemos escuchado al inicio, una lista de "armas" que el Apóstol indica para la batalla espiritual. Entre estas está la prontitud para propagar el Evangelio, traducida por algunos como "celo" -esta persona es un celante en el llevar adelante estas ideas, estas cosas-, e indicada como un "calzado". ¿Por qué? ¿Por qué el impulso por el Evangelio está vinculado a lo que se pone en los pies? Esta metáfora hace referencia a un texto del profeta Isaías, que dice así: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios!"» (52,7).

También aquí encontramos la referencia a los pies de un anunciador de buenas noticias. ¿Por qué? Porque quien va a anunciar debe moverse, ¡debe caminar! Pero notamos también que Pablo, en ese texto, habla del calzado como parte de una armadura, según la analogía del equipamiento de un soldado que va a la batalla: en los combates era fundamental tener estabilidad de apoyo, para evitar las insidias del terreno, porque a menudo el adversario llenaba de trampas en el campo de batalla, y para tener la fuerza necesaria para correr y moverse en la dirección adecuada. Por esto, el calzado es para correr y evitar todas estas cosas del adversario.

El celo evangélico es el apoyo en el que se basa el anuncio, y los anunciadores son un poco como los pies del cuerpo de Cristo que

es la Iglesia. No hay anuncio sin movimiento, sin "salida", sin iniciativa. Esto quiere decir que no hay cristiano si no en camino, no es un cristiano si el cristiano no sale de sí mismo para ponerse en camino y llevar un anuncio. No hay anuncio sin movimiento, sin camino. No se anuncia el Evangelio parados, encerrados en una oficina, en el escritorio o en el ordenador haciendo polémicas como "leones de teclado" y sustituyendo la creatividad del anuncio con el corta y pega de ideas cogidas aquí y allí. El Evangelio se anuncia moviéndose, caminando, yendo.

El término usado por Pablo, para indicar el calzado de quien lleva el Evangelio, es una palabra griega que denota prontitud, preparación, alacridad. Es lo contrario de la dejadez, incompatible con el amor. De hecho, en otra parte Pablo dice: «con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor» (Rm 12,11). Esta actitud era lo que se pedía en el Libro del Éxodo para celebrar el sacrificio de la liberación paschal: «Así lo habéis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, y el bastón en vuestra mano; y lo comeréis de



presentes en la plaza de San Pedro. La audiencia general concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Con la fuerza que nos da Cristo Resucitado, y teniendo en cuenta la experiencia de san Pablo, salgamos a anunciar a todos la Buena Noticia, que nos da alegría y paz. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Ayer se celebraba el 60º aniversario de la Encíclica *Pacem in terris*, que san Juan XXIII dirigió a la Iglesia y al mundo en medio de la tensión entre los dos bloques enfrentados en la llamada Guerra Fría. El Papa abrió ante todos el horizonte amplio en el que se puede hablar de paz y construir la paz: el diseño de Dios sobre el mundo y sobre la familia humana. Esa Encíclica fue una verdadera bendición, como un atisbo de serenidad en medio de nubes oscuras. Su mensaje es muy actual.

Basta por ejemplo este pasaje: «las relaciones internacionales, como las relaciones individuales, han de regirse no por la fuerza de las armas, sino por las normas de la recta razón, es decir, las normas de la verdad, de la justicia y de una activa solidaridad» (n. 114). Invito a los fieles y a los hombres y las mujeres de buena voluntad a leer la *Pacem in terris*, y rezo para que los jefes de las naciones se dejen inspirar por ella en los proyectos y en las decisiones.

prisa. Es Pascua de Yahveh. Yo pasaré esta noche» (12,11-12a).

Un anunciador está preparado para partir, y sabe que el Señor pasa de forma sorprendente; por tanto, debe estar libre de esquemas y predisposto a una acción inesperada y nueva: preparado para las sorpresas. Quien anuncia el Evangelio no puede estar fosilizado en jaulas de plausibilidad o en el "siempre se ha hecho así", sino que debe estar preparado para seguir una sabiduría que no es de este mundo, como dice Pablo hablando de sí mismo: «Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una de-

mostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios» (1 Cor 2,4-5).

Pues bien, hermanos y hermanas, es importante tener esta prontitud a la novedad del Evangelio, esta actitud que es un impulso, un tomar la iniciativa, un ir el primero. Es un no dejarse escapar las ocasiones para promulgar el anuncio del Evangelio de paz, esa paz que Cristo sabe dar más y mejor de como la da el mundo. Y por esto os exhorto a ser evangelizadores que se mueven, sin miedo, que van adelante, para llevar la belleza de Jesús, para llevar la novedad

de Jesús que cambia todo. «Sí, Padre, cambia el calendario, porque ahora nosotros contamos los años antes de Jesús...» - «Pero también, cambia el corazón: ¿y tú estás dispuesto a dejar que Jesús te cambie el corazón? ¿O tú eres un cristiano tibio, que no se mueve? Piensa un poco: ¿tú eres un entusiasta de Jesús, vas adelante? Piensa un poco...

El recuerdo del 60º aniversario de la Pacem in terris de Juan XXIII y la importancia de la Divina misericordia - cuya fiesta se celebra el próximo domingo - para el mundo probado por las guerras fueron evidenciados por el Papa Francisco al finalizar la catequesis, durante los saludos a los varios grupos

La integración migrante ecuménica y los jóvenes

MARCELO FIGUEROA

El reciente documental "Amén - Francisco responde" representa un símbolo temporal con un significado tan extenso que trasciende la excelencia de lo cinematográfico o estético. Se trata de un diálogo abierto, sincero, atrevido, profundo y, en términos eclesiológicos o misionológicos, profético. El universo multirracial, pluricultural, diverso y polifacético representado por los jóvenes son al mismo tiempo el presente, la herencia generacional y una mirada al futuro de las religiones. La actitud de escucha empática, cercana y orante del Papa Francisco sumado a sus respuestas simples, profundas y directas, son el símbolo de cómo enfrentar esos desafíos dentro de las comunidades de fe. Para ampliar estos conceptos, asumo el atrevimiento de "tomar prestada" la lectura obvia del documental hacia dentro de la Iglesia católica representada en la persona del Sumo Pontífice, para extenderla a todas las confesiones religiosas. De manera especial quiero hacer referencia al segmento donde se produce el diálogo sobre la situación de los migrantes, el racismo, la discriminación de raza y religiones en un mundo en movimiento permanente y creciente. El mismo es el siguiente:

¿Experimentó racismo como migrante? "No he sufrido eso. Al contrario, en Argentina (el migrante) era muy bien recibido, porque hacía falta y se recibía gente. La mayoría de la población

es migrante, una mezcla de sangres que nos ha hecho bien (...). El problema de las migraciones hay que tomarlo en serio. El migrante tiene que ser recibido, acompañado, promovido e integrado (...). Parece que hay migrantes de primera y de segunda. Los que vienen del gran drama de Ucrania son bien recibidos, y está bien, en cambio los que vienen de África son rechazados. El aspecto de migraciones no se ha resuelto y es grave".

En primer lugar, el Papa Bergoglio habla desde su experiencia argentina, o para ser más específico de la cosmopolita Buenos Aires. En los tiempos de las dos post guerras mundiales, estas tierras fueron receptoras abiertas de los migrantes europeos que huían del horror bélico y sus consecuencias devastadoras en el trabajo y el sustento elemental. Casi todas las familias argentinas tienen ancestros migrantes. Esa mezcla de sangre que, como bien dice Francisco, nos hizo bien, representó en la práctica el diseño de una identidad nacional plural, diversa, multicultural e integradora. Este formato antropológico argentino ahora enraizado en su ser nacional se vivió con extrema naturalidad y cotidianidad, especialmente entre los niños y los jóvenes. Para todos nosotros, tener amigos, jugar, caminar la vida, descubrir el mundo real y las esferas espirituales junto a pares tan diversos nos llevó de la mano hacia los procesos que menciona Francisco de acompañamiento y promoción. En esto también

está presente lo referente al encuentro entre confesiones de fe. Si bien, desde muchos, o la mayoría de los dirigentes religiosos de entonces y también de nuestros mayores, se tuvo temor de la supuesta amenaza de perder la pertenencia religiosa, para los niños y jóvenes resultaba una aventura de conocimiento más. Quiero resaltar la palabra naturalidad y cotidianidad. En ellas sin darnos cuenta crecimos enriquecidos de las diversidades religiosas de nuestros amigos, las cuales nunca se antepusieron a los principios superiores de amor, respeto, familia y amistad. No es nuevo mencionar que Buenos Aires fue en cierta forma una escuela para el estilo bergogliano de ecumenismo y diálogo interreligioso que muchos adoptamos con su ejemplo ahora mundial. Sin embargo, la seriedad del tema migratorio que menciona Francisco y la realidad de su irresolución o discriminación intramigratoria existen en todo el planeta, aún en Argentina. Esto demuestra la imprescindible demanda de una tarea pedagógica continua que, tomando ejemplos como el mencionado, puedan aportar herramientas para un mundo que está en constante migración continental y tras continental. Y como todo proceso migratorio en la historia lleva consigo el bagaje religioso, en esta esfera humana fundamental se debe también recibir, acompañar, promover e integrar. He aquí el fortísimo mensaje actual y profético de los jóvenes en el docu-

mental. Como ellos, muchos niños y jóvenes en el planeta vivencian la polí-cromía cultural y religioso con aquellos antiguos conceptos de la experiencia argentina de naturalidad y cotidianidad. ¡Esto es esperanzador! Pero también es una voz profética, que como tal, representa un llamado de alerta que viene insuflado por el espíritu de Dios. Estos jóvenes, ni ahora, ni mucho menos cuando sean mayores o mezclen su sangre en comunidades integradas abiertas, podrán comprender o aceptar espacios religiosos cerrados. Con la misma naturalidad que construyen amistad con el diverso, los protegerán si son rechazados de sus propias comunidades de fe puertas afuera de los templos, iglesias, sinagogas o mezquitas. Si las religiones no se preparan a la llegada de la naturalidad de la pluralidad espiritual que les reclamará integración en la diversidad, "naturalizarán" ser religiones excluyentes, vacías de amor al migrante y muy pronto vacías de personas que no pueden vivir la cotidianidad de la vida natural en la vivencia de sus espacios religiosos.

La pedagogía de la integración, acompañamiento, integración y promoción del encuentro ecuménico, interreligioso e intercultural es una demanda urgente para todas las religiones del mundo. Las periferias juveniles participantes de este documental lo han puesto en evidencia. Y de las periferias siempre viene el viento nuevo y genuino del movimiento de Dios.